

Revolución Científico-Técnica y Sociedad Postindustrial

¿Competencia ideológica o
convergencia tecnocrática?

DANIEL VIDART

En este estudio, dividido en dos partes por causa de su extensión, el doctor Daniel Vidart, cuyas importantes colaboraciones en esta revista son bien conocidas por nuestros lectores, nos proporciona un amplio y rico panorama sobre las características de nuestro tiempo, distinguido, entre otros rasgos, por la aguda dicotomía existente entre los países ricos y los países pobres, entre el mundo de la ciencia, la técnica y el desarrollo por un lado y el mundo de la dependencia, la carencia y el subdesarrollo por el otro.

La comparación de la revolución científico-técnica, cuya praxis, teoría y semántica se asientan en el área de la civilización socialista, con la sociedad postindustrial, producto epilógico de la civilización capitalista, proporciona significativas pautas para comprender las tensiones geopolíticas y las convergencias tecnológicas de la época contemporánea, de cuya crisis somos los protagonistas y los testigos a la vez.

El ensayo de Vidart, estudioso de las ciencias físicas y naturales y profesor de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional, procura sistematizar los múltiples antecedentes y los previsibles consecuentes que integran la compleja trama de esta explosión del saber y la técnica —macro y micromaquinista— que caracteriza al hemisferio industrializado de nuestros días.

El trabajo, como se dijo, se divide en dos partes. En la que hoy publicamos se plantean los antecedentes del tema. En la próxima, analiza la madurez de la civilización industrial y los signos anunciadores del advenimiento de un nuevo mundo (la Aldea Global, la Civilización Ciberoantrópica, la Tercera Ola, el Otro Desarrollo, etc.), que, entre la prospectiva y la utopía, es avisorado desde los balcones crepusculares del nuestro.

1. Tema, dilema, problema

El tema concreto de este estudio apunta hacia el análisis de las formas y contenidos de un proceso desencadenado en la humanidad actual, o por lo menos en un sector protagónico de la misma, cuyas características, distintas pero vinculadas con las de la Revolución Industrial, son atribuidas al impacto de las novísimas técnicas y tecnologías puestas en marcha en el decenio de los años sesenta.

Dicho proceso se ha denominado de muchas maneras. Sin embargo, ninguna de ellas, sintéticas en demasía, confinadas en un solo rasgo, puede aprehender su plurivalencia.

He aquí algunas de las expresiones utilizadas: Revolución Científico-Técnica (de ahora en adelante, R.C.T.), Sociedad Postindustrial (S.P.I.), Civilización Postindustrial, Era de la Automación, Era Tecnológica, Era Espacial, Edad Biónica, Edad Atómica, Revolución Cibernética, Tercera Revolución Industrial, etc. Estas denominaciones se refieren a los aspectos científicos o técnicos. Otras, las que califican los aspectos sociales, culturales o filosóficos (Aldea Global, Tercera Ola, Nueva Edad Media, etc.) también recaen en el uso limitante de una sola característica lo cual las vicia igualmente de unilateralidad.

Detrás de cada denominación subyace un autor y a veces más de uno,

como en el caso de Vacca, 1972, y Eco, 1973, acompañado por Colombo, Alberoni y Sacco, que reflatan el concepto de "Nueva Edad Media" propuesto por Berdiaev, 1923, en otra circunstancia y con otro estado de espíritu. Dichos autores representan distintas orientaciones científicas, opuestas concepciones del mundo y polarizados intereses políticos o, mejor, geopolíticos.

Pero las denominaciones y modalidades de este proceso recentísimo de la cultura material, o civilización material, Braudel, 1967, o mundo material, NEF, 1964, que repercute intensamente en las relaciones sociales y en las constelaciones del poder, no son más que el vértice visible del **iceberg**. Debajo se oculta el gigantesco, desfasado y elusivo cuerpo de lo que Fichte llamara **Los caracteres de la Edad Contemporánea**, 1806, en un libro que los lectores actuales no entrenados en materia filosófica considerarían, además de anacrónico, escandalosamente europeo y umbilicalmente alemán. La edad contemporánea es tal para los sectores de la sociedad que pueden abstraer sus contenidos y recortarlos sobre el firmamento de la historia. Es decir, cada clase social y cada estrato cultural de una nación tienen un concepto ideológico, o idiosincrático, de la contemporaneidad. Por otra parte en un mismo espacio paisajístico conviven distintos **tempos** humanos: se trata de la coetaneidad de lo no contem-

4. Saber, poder y orden social

A pesar de lo poco que sabemos hoy día sobre las formas y modalidades de la cultura colonial, sobre todo con relación a sus primeros dos siglos y medio, se puede decir con cierta tranquilidad que los enunciados que entran a circular con el discurso de Mutis significaron un cambio grande que aún estamos lejos de evaluar con alguna precisión. Máxime si tenemos en cuenta que toda transformación en el campo de la historia, como tantas veces se ha dicho, es difícil de ubicar y de fechar. Mucho más cuando se trata de esa tierra movедizada tan compleja en nuestra historia y que denominamos por lo común Historia de las Ideas o Historia del Pensamiento⁷². Sin embargo, parece poder aceptarse, como es corriente hacerlo, claro que provisionalmente y mientras nuevos análisis y nuevo material documental no prueben lo contrario, la presencia de un "corte cultural", originalmente ubicado en las prácticas educativas en la segunda mitad del siglo XVIII en el Nuevo Reino de Granada.

En un número corto de años —todo indica que entre 1760 y 1800—, se produce una enorme transformación, de gran alcance y profundidad, en las formas culturales de la sociedad neogranadina⁷³. Dicha transformación, cuyo contenido no es fácilmente descriptible en su integridad, tuvo como centro y foco principal los escasos colegios y universidades del Nuevo Reino y, más tarde, las tareas de la Expedición Botánica y toda clase de "tertulias y asambleas nocturnas". Tal transformación consistió, en principio, en el inicio de circulación de un grupo nuevo de enunciados, lo hemos ilustrado con algunos de los escritos de Mutis, enunciados que en-

traban en relaciones de oposición y/o diferencia con las formas de "pensamiento" que habían dominado de manera más o menos homogénea en un lapso anterior de algo más de dos siglos. Todo ello plantea problemas, por decirlo así, delicados. Problemas relacionados con la circulación y el régimen de apropiación de un grupo de enunciados, con los de su sustitución, en fin, problemas vinculados con las relaciones entre Cultura y Pensamiento, problemas todos que permiten plantear preguntas de la naturaleza siguiente: "¿De qué provendría entonces su constitución y después su anulación..? ¿A qué régimen podrán obedecer a la vez su existencia y su desaparición?" (...) "Si lleva en sí (un grupo de enunciados, r.s.) su principio de coherencia, ¿de dónde puede venir el elemento o extraño que pueda recusarlo?"⁷⁴.

A pesar de que esta transformación que mencionamos cobijó a un grupo humano tan reducido, su importancia no puede pasar inadvertida si tenemos en cuenta que se trataba del grupo intelectual por excelencia en la sociedad colonial. No se trató para nada de una "revolución espiritual" que hubiera tenido como campo el conjunto de la sociedad y de sus clases, o una parte mayoritaria de éstas. Ni siquiera se trató de un fenómeno localizado que luego fuera extendiendo su radio de acción a grupos más amplios de la sociedad. Este era un hecho físicamente imposible en una sociedad con características culturales como aquélla: mayoritariamente iletrada y con restricciones claramente definidas en las formas de acceso a las instituciones del saber oficial. Y, sin embargo, la significación de aquel proceso de cambio cultural no pudo ser mayor. De un lado, fenómeno de convergencia, aquellos enunciados,

casi simultáneamente a su entrada en circulación, fueron apropiados como estrategias de Estado en proyectos que combinaban un extraordinario afán de conocimientos con su carácter de instituciones económicas o para-económicas. Es el caso, todos lo saben, de la Expedición Botánica. Y ello plantea el problema de la función que efectivamente ejerce el discurso estudiado en un campo de prácticas no discursivas, la forma como ese discurso se convierte en discurso de Estado, la manera como aparece ese discurso en decisiones políticas, en instituciones o prácticas⁷⁵. Cuando un comentarista señala que las expediciones botánicas eran el ojo con que la industrialización europea miraba hacia América, indica un hecho cierto, siempre que tengamos el valor de no dar a ese hecho ningún carácter teleológico y admitamos, sobre la base de los principios de azar y convergencia, el encuentro de series que se elaboran a partir de condiciones diferentes y solo luego conectadas. Y aquí la tarea del historiador no es otra que la de la "individualización de series de diferentes que se juxtaponen, se suceden, se encabalgan y se entrecruzan, sin que se les pueda someter a un esquema lineal"⁷⁶, todo ello para poder "determinar qué forma de relación puede ser legítimamente descrita entre esas distintas series..."⁷⁷. De otro lado, parte de esos enunciados, cuya circulación fue impulsada como política oficial por el Estado, se encuentran vinculados a la formación de la contraideología que cumplirá una función sobresaliente en las luchas sociales que darían lugar a la ruptura de las relaciones existentes entre España y su Colonia, a un ordenamiento jurídico-político nuevo y a una modificación del papel de estos territorios en el marco de la División Internacional del Trabajo que

se afirma en los albores del siglo XIX. Así, por ejemplo, fue precisamente a partir de esos enunciados como se fue conformando una noción de territorialidad propia, como se fue perfilando el concepto, tan destacado en las luchas de independencia, de Patria. Las nociones de observación y de experiencia, aplicadas al reconocimiento de las producciones y riquezas naturales de América, tan diferentes de las europeas, este reconocimiento de la naturaleza aparece de inmediato, pero a través de un proceso, vinculado a la ideología de independencia, junto con elementos tomados de la Teoría Política elaborada en los siglos XVII y XVIII en Europa y aún, como se sabe, con elementos políticos tomados de la propia tradición escolástica.

Sin embargo, y esto a despecho de lo mucho que se habla, es poco lo que se ha logrado avanzar en el análisis de un fenómeno de tal naturaleza y de tan grande significación. Parece que nos mantuviéramos fijados, como firmes rocas en el suelo, a las explicaciones más triviales. El "rayo en cielo sereno" de Monseñor R. M. Carrasquilla cuando escribía, a finales del siglo pasado: "viene el presbítero José Celestino Mutis, enviado por el gobierno español. La enseñanza aquella falsificada y enteca vino al suelo; la física moderna asentó sus reales en el país"⁷⁸. Papel providencial, asignado a posteriori por el comentarista, de ciertos hombres. Papel de adelantado del precursor solitario que a base de buena voluntad y plantado como planta espiritual sobre las condiciones existentes todo lo puede. Pero, como preguntaría un niño, ¿y si Mutis no hubiera venido papá? De esta manera se "olvida" que "el enunciado circula, sirve, se sustrae, permite o impide realizar un

poráneo que anotaba MANNHEIM, 1942. Y en el espacio mundial hay segmentos de humanidad anclados en el paleolítico (Aruntas de Australia), en el neolítico (campesinos tradicionales del Tercer Mundo), o en otros períodos del proceso civilizatorio, a tal punto que algunos antropólogos etnocentristas llegaron a hablar de “los pueblos sin historia”, o al margen de la historia, como si ésta fuera —Malthus en 1798 lo dijo explícitamente— la epopeya de las clases superiores que a un tiempo la hacen y la narran en tanto que protagonistas exclusivas de la misma.

La contemporaneidad no es, pues, ni un fenómeno ni una conciencia unánime del mismo. Además la “edad contemporánea” traslada teleonómicamente su centro de gravedad con el desplazamiento temporal de las generaciones humanas y sus conflictos. Lo contemporáneo constituye la epidermis de las sucesivas épocas y su reflejo en las mentalidades de los intérpretes. Así vemos emigrar las distintas “edades contemporáneas” a lo largo de los siglos, desde el pensamiento de los profetas bíblicos, lúcidos productos de la metástrofe de la Creación y enunciadores de la catástrofe del Pecado, hasta los filósofos cortesanos del Siglo de las Luces, propagandistas del progreso; desde el desconsuelo del labriego Hesíodo, que sufre los agravios de su contemporánea Edad de Hierro (1), etapa final de una escalonada decadencia, hasta los testigos de nuestro tiempo representados por FROMM, 1955, HOROWITZ, 1964, MANSOLT, 1974, o GARAUDY, 1976, para citar unos pocos entre centenares.

La “edad contemporánea”, “nuestro tiempo”, el “mundo actual”, el **hic et nunc** de una historia que fluye con

distintos tipos de duración (2), es la punta de lanza de una aventura iniciada hace cuatro millones de años en las estepas africanas cuyos episodios, sistemáticamente entrelazados, no han dejado de “haber sido” manifestaciones de la sociedad humana aunque los sofoque el desconocimiento o los entierre el olvido. La historia **existe** al margen de que se la evoque como la concertación del azar o como el plan secreto de la Providencia, cuando no como un secularizado proceso “redentor de sí mismo”, NIEBUHR, 1949. Dicha antropofanía, en su versión biográfica, en su espacio factual, en su minkowskiano **temps vecu**, es interpretada y vuelta a interpretar por los hombres, ya como crónica diaria, ya como el subsuelo ontológico de los sucesos que nos embisten, hieren y huyen como los guerreros partos. La búsqueda de la esencia de lo contemporáneo, una constante actividad hermenéutica a lo largo del camino de la humanidad civilizada —con todo lo que ideológicamente implica el concepto de civilización— (3), se ha exacerbado en los momentos de crisis, es decir de cambio acelerado y de aguda conciencia de dicho cambio. Esta actitud de vigilia y desvelado interrogatorio, particularmente acrecentada a partir del siglo XVIII y sus revoluciones tecnológicas y sociales, ha recrudecido en el siglo XX, un siglo crítico por excelencia, ya como objeto, ya como sujeto de la historia. Para que el presente sea inteligible se quiere conocer el pasado y predecir el futuro. Surge entonces una actividad singular en los espíritus. Se trata de captar la escondida melodía que se desarrolla tras los ritmos y las aparentes pausas de la historia —con minúscula— en tanto que vicisitud dramática de los hombres (**res gestae**), para hacer posible así la práctica de la Historia —con

mayúscula— en cuanto que investigación selectiva y valorativa (**rerum gestarum**) del acontecer humano.

Teniendo en cuenta lo anterior, es decir, la necesidad de ubicar la R.C.T. y la S.P. en un continuo evolutivo, el tema, aparentemente sencillo y macizo, se complejiza y ramifica. Al reclamar referencias situacionales, comparaciones, periodizaciones, obliga a manejar antecedentes que si bien en esta oportunidad no pueden ser prolijamente expuestos requieren por lo menos un dibujo de sus pautas y un espectro de sus configuraciones.

El dilema es también concreto y está involucrado en el tema. Entiéndase bien: el dilema no radica en las complejidades o aporías que pueblan el razonamiento del investigador sino en la propia realidad que se trata de investigar. Nuestro estudio procurará, en tal sentido, captar y descifrar los alcances que con reiterada unanimidad le ha otorgado el pensamiento socialista contemporáneo a la R.C.T. y los rasgos que los portavoces esclarecidos del mundo capitalista confieren a la S.P.

Las preguntas que planteamos y trataremos de responder giran en alrededor de este par de tensiones:

¿Existe una efectiva divergencia —sociopolítica, económica, cultural e ideológica— entre los orígenes y los objetivos de la R.C.T. y la S.P.? ¿O sólo hay disimilitud en la “pompa y circunstancia” de las explicaciones retóricas?

¿Puede hablarse de una convergencia en las formas estructurales y en los modos procesales u operacionales de la civilización industrial de la U.R.S.S. y los U.S.A., aunque no coincidan ni las esencias históricas ni

las metas políticas del socialismo y el capitalismo? ¿O hay, definitivamente, tras el discurso del taylorismo y del stajanovismo, ambos de sesgo tecnoergológico, una base compartida de organización y trabajo industrial eficientes, una inmensa infraestructura maquinista que la común enajenación de la vida cotidiana no permite identificar en su carácter compartido?

Y finalmente está el problema. Que por cierto no es chico ni gratuito pues obliga a redefinir los términos usuales y, paralelamente, desempolvar los sedicentes juicios de realidad que en su meollo son juicios de valor, se trata, en suma, de preguntar por la legitimidad de los milarismos embozados o vergonzantes, por la licitud de las periodizaciones históricas empleadas, por la idoneidad de los conceptos desaprensivamente manejados.

Los hombres nos movemos con tanta prisa hacia las metas que nos proponen solapadamente o nos imponen a la brava —y que creemos hijas del libre albedrío o de la interpretación científica de la realidad— que apenas advertimos el sendero empedrado por vocablos pragmáticos, cuando no absolutamente impropios, sobre el cual caminamos. Es por ello que la gran mayoría de los que escriben sobre la R.C.T. y la S.P. aceptan sin examen dicha terminología y, lo que es más grave, el marco teórico definido (o fabulado) por ella.

Estos “expertos” redactan sus “informes” desde la planta baja del edificio lingüístico, sin molestarse en descender al sótano de la semántica ni subir al ático de la epistemología. Aceptan así, por ejemplo, que la técnica, un modo de hacer, una capacidad previa a las habilidades ejecutivas, sea confundida con los productos objetivados, con los “objetos técni-

cos", SIMONDON, 1958, con las creaciones terminales en cuanto que artefactos tangibles del trabajo humano o la productividad cibernética. Del mismo modo se refieren a las tecnologías como si se tratara de variables independientes al margen o por debajo de lo que significa una formación socioeconómica. También es deficiente su conocimiento del papel de las tecnologías en el proceso civilizatorio y sus relaciones con los cor-

...el sonido de una palabra fundamental remite a un pensamiento, pero a su vez este pensamiento remite a un misterio. Estudiar una palabra en su **estructura de profundidad** supone... recurrir a la filología, a la semántica; buscar su uso, su sentido, o mejor aún, el haz de sus sentidos, el **nomen**. Y quizá entonces, tratando de aclarar las oscuridades del futuro a partir de las profundidades del pasado, será posible utilizar la palabra como un oráculo, determinar su carga de profecía y presentimiento, su **omen**: NUMINA. NOMINA, OMINA.

Pero no se trata solamente de las palabras y los edificios de conceptos construidos con estos ladrillos simbólicos. Al considerar la R.C.T. y la S.P. como la coronación de los tiempos, del mismo modo que Marx suponía que el socialismo era el puerto terminal de la historia y ROSTOW, 1960, proclamaba que el gran consumo en masa era la última y superior etapa de la economía, se recurre a una concepción asintótica del tiempo humano, a un **non plus ultra** que por un arte de birlibirloque, se las arregla para arrumbar a Heráclito y echarse en los brazos de Parménides. Lo que sucede es que, sin discutirla o exponerla explícitamente, los intérpretes de la R.C.T. y la S.P. cargan como el caracol —**feréicos**, el que lleva a cuestas su casa—, con una teoría filosófica implícita que al fin y al cabo "produce" las secuencias de los procesos históricos y el sentido misional de las etapas privilegiadas.

tes gnoseológicos del saber y del obrar que se hacen perceptibles en todo **cultural lag** o discontinuidad en el estilo histórico.

Esta serie de carencias, que no son menores aunque se las tilde como pasatiempo de semiólogos quisquillosos, se origina por desconocer que las palabras, GUITTON, 1970, son algo más que receptáculos y espejos, que "una memoria reducida":

2. La pericdización de la historia

Los teóricos y expositores de los contenidos —¿opuestos, convergentes, complementarios?— de la R.C.T. y la S.P. parten de una concepción lineal de la historia. Ambas manifestaciones vienen a representar la última y culminante etapa de un largo proceso iniciado con la **pebble culture** (4) en el área de las técnicas y con la horda en el campo de la organización social. Dicha concepción lineal, basándose en un elemento característico —para GORDON CHILDE, 1936, es el aumento de la población, para WHITE, 1959, es el creciente uso de la energía— tiene generalmente en cuenta la producción y la reproducción de los artefactos que constituyen la base tecnoeconómica de la sociedad. Este "progreso" (5) es medido mediante distintas y sucesivas edades cuyas denominaciones, paradójicamente, provienen de una concepción cíclica del tiempo cósmico, reflejada en la historia humana. Como expresa HUIZINGA, 1946:

la necesidad de dividir la historia del mundo en una serie de períodos, cada uno de los cuales envuelve su propia esencia y se determina por sus propias normas, no responde a las exigencias de la historiografía misma, sino que tiene su raíz en la especulación cosmológica y en la astrología. En las antiguas religiones del Oriente aparecen íntimamente unidos los conceptos de tiempo y destino. La palabra del Avesta **zerwan** (en persa **zaman**) combina en una síntesis certera y llena de sentido las ideas de destino, cielo, infinitud, cambio eterno y movimiento del mundo.

La concepción circular del macrocosmos y del microcosmos, el "mito del eterno retorno" (6), cuyas raíces son protohistóricas, reaparece entre los griegos. Los órficos, los pitagóricos, algunos presocráticos y en especial los estoicos (7), sostienen que el ciclo cósmico y en consecuencia el humano, que es su espejo, se repite indefinidamente mediante sucesivas creaciones y destrucciones. El fuego, que "se enciende según medidas y se apaga según medidas" (Heráclito) preside una perpetua revolución, como la de las hélices y no como la de las sociedades, cuyos "saltos adelante" son calificados con un término incorrecto, o no tanto si se piensa en las "restauraciones". El origen de esta concepción debe buscarse en las prácticas astronómicas de los pueblos que transmitieron a los griegos su conocimiento del Cosmos. La astronomía egipcia, al servicio de la previsión y control de las crecientes del Nilo, y la astrología de los caldeos, preocupada por adivinar el porvenir mediante el curso de los astros en una región desgarrada por una historia turbulenta (CONTENAU, 1951), fueron los antecedentes de este tiempo circular adoptado por los griegos.

Las voces período (camino alrededor de, curso circular), ciclo (círculo), fase (distintos aspectos de un planeta en su órbita), revolución (retorno al punto de partida), surgieron de una arcaica astronomía de labriegos atentos a los ritmos estacionales y cele-

tes, a las regularidades que, en perpetuo vaivén, tranquilizaban a los hombres poniéndolos al abrigo del azar y la perdición.

Si se analiza etimológicamente la terminología que se usa para codificar la periodización se comprobará cómo se han trastocado sus significados en manos de los historiadores.

Epoca, del griego **epojé**, significa detención. Según el **Almagesto** de Ptolomeo hay una **epojé** durante los solsticios, cuando el Sol parece detenerse, y la **epojé** de cada planeta es el momento a partir del cual sus posiciones son establecidas y sus movimientos orometrados. Los escépticos de la escuela antigua hablaban de la **epojé** para referirse a la suspensión del juicio (8) y los historiadores se refieren a una época —la del Barroco, la del Romanticismo, la de la Cibernética— cuando determinado lapso reviste y conserva una característica que otorga a sus acontecimientos una "afinidad interna", una trabazón orgánica (DILTHEY, 1945) la cual no es ajena al criterio selectivo del historiador.

Edad, **aetas**, duración de la vida en latín, tiene, contrariamente a época, un sentido dinámico. Las edades del mundo, las edades de la historia, las edades del hombre singular —infancia, adolescencia, edad madura, vejez—, traducen un movimiento **hacia**, un ímpetu teleológico. La doctrina de

las edades históricas, que arranca con la filosofía de la degradación humana a partir de la Edad de Oro (9), reaparece una y otra vez, pero con caracteres de progresión, de ascenso o engrandecimiento humano, de perspectiva salvacionista. Platón (Edad de los Dioses, de los Héroes y de los Hombres), Gioacchino de Fiore (Edad del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo) (10), Giambattista Vico (igual que Platón), Hegel (mundo oriental, mundo greco-romano, mundo cristiano-germánico) y Comte (estadio teológico, metafísico y positivo) son algunos de los representantes de esta concepción triádica —y milenarista— de la historia. Comte fue quien en realidad la secularizó en su **Cours de Philosophie Positive**, 1830-1842, analizando los contenidos y significados de cada uno de los estadios. Dichos estadios, que fueron trasladados de su primitiva función de acotar el espacio —el estadio era una medida griega de 125 pasos geométricos— a la demarcación del tiempo, tienen para Comte la virtud de ordenar a la vez las etapas del proceso histórico, del conocimiento humano y del desarrollo de la personalidad.

El estadio teológico vincula la teocracia, la monarquía y el militarismo en un solo haz; el metafísico contempla los ataques de la razón al monoteísmo y las desorganizaciones que sobrevienen cuando se pasa de lo concreto de las tradiciones a las abstracciones del pensamiento; el positivo surge con el advenimiento de una ciencia que no pregunta por las causas o la naturaleza última de las cosas sino por los vínculos inmediatos entre los hechos. Por lo demás, dicha ciencia **cul-á-terre** se instala en una sociedad restaurada y convenientemente jerarquizada donde la Santa Alianza ha terminado (aparentemen-

te) con los “excesos” y “libertinajes” de la Revolución Francesa, odiada por el espíritu conservador de Comte. Una ciencia de espaldas a la metafísica y a la ontología y a un Estado fortalecido son los progenitores de la sociedad industrial; de este modo el Orden y el Progreso, el lema comtiano, constituyen el distintivo de un poder intelectual a cargo de los sabios, herederos del poder espiritual de los sacerdotes, y de un poder material, maquinista, secular, en manos de los industriales, héroes civiles del mundo tecnológico.

Otro término que se maneja es Era, proveniente de **aera**, que en el bajo latín significaba número. Su empleo genérico se orienta hacia los períodos muy dilatados: las eras geológicas, la era cristiana. Pero, específicamente, se utiliza para calificar lapsos menores, lo cual es impropio. Se habla así de la era de los descubrimientos geográficos, de la era de la cibernética, etc.

Finalmente, algunas periodizaciones se refieren a transcurros más breves denominados etapas. La etapa es una posta, un lugar de detención, y deriva del flamenco **stapel**, sitio donde se depositan las mercancías durante cierto tiempo.

Hemos examinado hasta ahora las voces época, edad, fase, período, estadio y era. Por encima de estos términos aplicables a sucesos naturales o humanos de la patria terrestre, se despliegan majestuosamente los inconmensurables ciclos del mundo y del cosmos, que se renuevan catástrofe tras catástrofe, fuego tras fuego. Hoy ya no mencionamos a los **eones** de los gnósticos sino a la muerte entrópica del Universo; a los agujeros negros, que devoran mate-

ria, energía y tiempo; al estallido de las supernovas; a la gran explosión de la protogalaxia (**Big Bang** de Gamow). En puridad, tenemos un aparato conceptual muy rico pero en las zonas límites no hemos ido mucho más allá de las intuiciones de los órficos y los estoicos, por no hablar de los **kalpas** indostánicos ni de los **alautunes** mayas. (11).

Finalmente están los siglos y las décadas. Estos son períodos fijos, derivados de la numeración decimal, cuyo claro origen antrópico es a menudo descuidado. Los siglos son a veces verdaderas camisas de fuerza y otras veces etiquetas impropias, rótulos etnocéntricos: el siglo XVIII, contemplado desde el interior de la Europa atlántica, es el siglo de Las Luces, pero, con igual legitimidad es el siglo de la Revolución Industrial o la Revolución Francesa. El siglo XIX es el siglo del Progreso, el siglo de la Historia, el siglo sin Dios (MULLER-ARMACK, 1959), pero si para calificarlo recurrimos al juicio de valor de los colonizados, se transforma con toda propiedad, en el siglo del Imperialismo. Hay también siglos jibarizados, reducidos a la estatura cultural de un personaje: Pericles, Lutero, Luis XIV han tenido "su" siglo, configurado por un poder personal de tipo político o religioso. No obstante hay rasgos muy importantes tales como la filosofía en su **climax**, la ciencia en su despertar, el maquinismo en sus primeros pasos, que pueden caracterizar más intensamente esos períodos, aherrojados por las correspondientes centurias.

Por otra parte existen procesos generacionales y atmósferas psicosociales a caballo entre dos siglos, episodios epilógicos que entran, como legados del anterior, en la cuenta

nueva de los tiempos recién amanecidos: el siglo XIX, por ejemplo, en tanto que complejo civilizatorio, se prolonga hasta 1914. Un siglo puede, además, estar pautado por acontecimientos que redefinen su esencia: el siglo XX modela un sistema caracterizante en el año 1945 (la revolución atómica) y en el año 1960, aproximadamente, modela otro sistema (la revolución cibernética). Y está, sobre todo, el juicio clasificatorio de la posteridad: ¿cómo verán nuestros descendientes a mediados del siglo XXI —si la humanidad aún no se ha suicidado colectivamente— al siglo XX en su conjunto; cómo escogerán su característica fundamental, inasible para nosotros, los que nadamos en sus revueltas aguas?

En los estudios históricos existe una periodización clásica que aún manejamos pese a su arcaísmo, ya que fue puesta en marcha por los rezagos del humanismo europeo. En efecto, todo indica que el esquema Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna se debe a la propuesta desarrollada por Cellarius (Christoph Keller) en su libro **Historia medii aevi**, 1688. Según Cellarius la Edad Antigua, donde confluyen las tradiciones oriental, bíblica y helénica, se extiende desde los orígenes del hombre —colocados en ese entonces 4.000 años antes de J.C.— hasta la muerte de Constantino el Grande, en el 337 d.J.C. La Edad Media, cuyo nombre revela su carácter de puente, casi de foso, pues era considerada como una época de tinieblas "góticas" abatidas sobre la vivísima luz creadora de Grecia y Roma, ocupaba los tiempos que iban desde el año 337 a la caída de Constantinopla en manos de los turcos, o sea el año 1453. A partir de esa fecha comenzaba la Edad Moderna, franqueada por la llave del Renacimiento. Dicha

Figura No. 1

CORRESPONDENCIA APROXIMADA DE LAS ETAPAS EVOLUTIVAS EN DIVERSOS ESQUEMAS CONCEPTUALES

K. Marx (1857)		L. H. Morgan (1877)		F. Engels (1884)	V. Gordon Childe (1937)	Julian Steward (1955a)	Darcy Ribeiro		
Comunismo		CIVILIZACIÓN		Comunismo		(Imperios Económico-Políticos de los Siglos XIX y XX) (Expansión Centro y Noroeste 'pea') (Conquistas Españolas)	Sociedades futuras		
Socialismo				Socialismo			Socialismo Evolutivo	Socialismo Revolucionario	
Capitalismo Industrial				Capitalismo Industrial			Imperialismo Industrial	Nacionalismo Modernizador	
Capitalismo Mercantil				Capitalismo Mercantil			Neocolonialismo		
Feudalismo				Feudalismo			Capitalismo Mercantil	Colonialismo mercantil Colonialismo de poblamiento	
Formación Asiática	Formación Germánica	Escritura	Esclavismo	Feudalismo	Feudalismo	(Feudalismo)	Imperios Mercantiles Salvacionistas	Colonialismo Esclavista	
	Formación Antigua Clásica			Edad del Hierro	Edad del Hierro	(Grecia y Roma)	IMPERIOS DESPOTICOS SALVACIONISTAS		
				Edad del Bronce	Edad del Bronce	Estados militaristas de regadío	Regresiones Feudales		
Comunidad Gentílica		Barbarie	Barbarie	Alta barbarie del Bronce	Alta barbarie del Bronce	Florecimiento Regional Formativo	Imperios Mercantiles Esclavistas	Imperios Teocráticos de Regadío	
				Domesticación	Barbarie Neolítica	Agricultura incipiente	(Privatistas) ESTADOS RURALES	(Colectivistas) ARTESANALES	
				Cerámica			Aldeas agrícolas indiferenciadas	Jefaturas Pastoriles Nómades Hordas pastoriles Nómades	
Comunidad Primitiva		Salvajismo	Comunismo Primitivo	Salvajismo		Caza y Recolección	Tribus de Cazadores y Recolectores		

edad rescataba el resplandor del pasado y además inauguraba valores propios al lanzarse a la conquista del mundo con sus arcabuses, sus navíos y su literatura impresa.

Antes de esta periodificación, que gozó de una fortuna inmensa, la historiografía helenística había dividido el curso de los tiempos humanos en cuatro períodos, según la sucesión de los cuatro imperios "universales": Asirio, Persa, Macedonio y Romano. Historiadores venidos luego de Cellarius hicieron algunos ajustes en su esquema. La Edad Antigua es extendida hasta el año 476, cuando el Imperio de Occidente sucumbe ante los hérulos; la Edad Media se prolonga hasta el descubrimiento de América (1492) o hasta la reforma de Lutero (1517). Sin embargo, la adición más importante, impuesta por el paso del tiempo y el fatal envejecimiento del esquema, fue la incorporación de un cuarto período, a partir de la Revolución Francesa (1789), denominado Edad Contemporánea.

Surge acá una importante objeción: lo moderno (del bajo latín **modernus**; de **modo**, recientemente) viene a ser idéntico a lo contemporáneo (del mismo tiempo, actual). Por otra parte, el tiempo contemporáneo es evanescente, inasible: lo vivido deja de inmediato de serlo, lo sucedido al "otro" se conoce como suceso no como instante. Sin llegar a este extremo, materia de renovados estudios (12) sobre el tiempo de "las cosas y el hombre" (BOLZAN, 1965), poco cuesta entender que entre la Revolución Francesa y nosotros se han originado y extinguido múltiples contemporaneidades. Los dos siglos que nos separan de aquel cataclísmico proceso han cargado a las sucesivas y destituidas "edades contemporáneas" con

otras revoluciones y restauraciones, con otros colapsos y renacimientos que una vez consumados ingresaron a ese "universo cerrado y opaco que es el pasado mundial" sin poder, por siempre jamás, asomarse a la "apertura del presente que se llama futuro" (CHATELET, 1979).

El esquema tripartito o cuatripartito ha sido desechado por las teorías sociológicas y antropológicas (HARRIS, 1968) de largo alcance histórico que proponen otro nomenclator y otros criterios para ordenar las fases evolutivas de la humanidad.

Dichas teorías, cuya discusión exhaustiva realiza el citado Harris, al cual nos remitimos, se basan casi exclusivamente en el desarrollo tecnológico cumulativo de la humanidad. En la figura N° 1 reproducimos un cuadro de RIBEIRO, 1973, donde las ordena y compara, dispensándonos así de explicaciones mayores. El propio Ribeiro propone una ordenación de las secuencias (figura N° 2). El archipiélago de las sociedades arcaicas (paleolítico, neolítico, primeras formas urbanas) comienza a soldarse en los bloques de las civilizaciones regionales (revoluciones del regadío, metalúrgica y pastoril) que preparan el advenimiento de las civilizaciones mundiales (revoluciones mercantil e industrial) para inaugurar en nuestra época la fase planetaria de la civilización de la humanidad (revolución termonuclear).

Otros autores como WHITE, 1945, proponen una sucesión de edades basada en el creciente despliegue energético de la humanidad: 1, caza y recolección; 2, cereales; 3, carbón. En tal sentido conviene consultar los trabajos de campo sobre las sociedades cazadoras, agrícolas e industriales

Figura No. 2

SECUENCIAS BASICAS DE LA EVOLUCION SOCIOCULTURAL EN TERMINOS DE REVOLUCIONES TECNOLOGICAS, DE PROCESOS CIVILIZATORIOS Y DE FORMACIONES SOCIOCULTURALES

<i>Revoluciones Tecnológicas</i>	<i>Procesos Civilizatorios Generales</i>	<i>Formaciones Socioculturales</i>	<i>Paradigmas Históricos</i>
I Revolución Agrícola	1° Revolución Agrícola	Aldeas Agrícolas Indiferenciadas	Tupinambá (s. XVI) Guaná (s. XVIII)
	2° Expansión Pastoril	Hordas Pastoriles Nómades.	Kirguiz (s. XX) Guaikurú (s. XVIII)
II Revolución Urbana	3° Revolución Urbana	Estados Rurales Artesanales Colectivistas	Urartu (s. X a.C.) Mochica (s. II d.C.)
	4° Expansión Esclavista	Estados Rurales Artesanales Privatistas	Fenicios (s. XX a.C.) Kushan (s. V a.C.)
	5° Segunda Expansión Pastoril	Jefaturas Pastoriles Nómades	Hicksos (s. XVIII a.C.) Hunos (s. IV)
III Revolución del Regadío	6° Revolución del Regadío	Imperios Teocráticos de Regadío	Egipto (s. XXI a.C.) Incas (s. XV)
IV Revolución Metalúrgica	7° Revolución Metalúrgica	Imperios Mercantiles Esclavistas	Grecia (s. V a.C.) Roma (s. II)
V Revolución Pastoril	8° Revolución Pastoril	Imperios Despóticos Salvacionistas	Islam (s. VII) Otomano (s. XV)
	9° Revolución Mercantil	Imperios Mercantiles Salvacionistas Colonialismo Esclavista	Iberia (s. XVI) Rusia (s. XVI) Brasil (s. XVII) Cuba (s. XVIII)
VI Revolución Mercantil	10° Expansión Capitalista	Capitalismo Mercantil Colonialismo de Colonialismo Mercantil Poblamiento	Holanda (s. XVII) Inglaterra (s. XVII) Indonesia (s. XIX) Guayanas (s. XX) U.S.A. (s. XVIII) Australia (s. XIX)
	11° Revolución Industrial	Imperialismo Industrial Neocolonialismo	Inglaterra (s. XIX) U.S.A. (s. XX) Brasil (s. XX) Venezuela (s. XX)
VII Revolución Industrial	12° Expansión Socialista	Socialismo Revolucionario Socialismo Evolutivo Nacionalismo Modernizador	U.R.S.S. (1917) China (1949) Suecia (1950) Inglaterra (1965) Egipto (1953) Argelia (1967)
	VIII Revolución Termonuclear	13° Revolución Termonuclear	Sociedades Futuras

realizados por KENP, RAPPAPORT y COOK, 1971.

Por su parte COON, 1965, ordenó el proceso histórico "de manera natural" de acuerdo con estas cuatro fases.

La primera abarca el penumbroso desarrollo del paleolítico inferior y es de carácter "fundamentalmente biológico". Sus conquistas tecnológicas son la elaboración de toscos utensilios, el fuego y la cocción de alimentos. Dichas conquistas no hubieran sido posibles sin la existencia del lenguaje.

domesticó los animales de corral, comenzó el cultivo de las plantas, creó la alfarería, construyó carros, aprendió a fundir el cobre, inventó la escritura y a partir de ello se vio involucrado en una secuencia veloz de adelantos culturales que lo llevaron al desarrollo de la ganadería, la siderurgia, la economía urbana, el armamento, la imprenta, la navegación, la minería, las máquinas de vapor, la electricidad y los demás inventos modernos que nos han llevado a los viajes por toda la Tierra, a las comunicaciones y al comercio de nuestra época. Durante esta fase utilizó los materiales del globo y se ingenió para destruirlos y destruirse a sí mismo. La cultura creció desenfrenadamente a expensas de la naturaleza poniendo en peligro a ésta, a la cultura misma y aún al propio hombre. Al final de la fase tercera coexistían casi todos los períodos previos de la cultura humana.

En la actualidad, dice Coon, nos encontramos en el umbral de la cuarta fase, enfrentados a tres posibles caminos: la destrucción del mundo por las técnicas puestas al servicio de la guerra, la recuperación del equilibrio de la naturaleza a expensas del hom-

La segunda abarca el paleolítico medio y el superior. En ella se equilibran la naturaleza y la cultura. El hombre ocupa todos los **habitats** zoológicos y llega al Nuevo Mundo, inventa el arco y la flecha, domestica el perro, se especializa en ciertas artes e industrias y aumenta su destreza en ellas, pues el rendimiento alimenticio de la caza superior le concede más tiempo libre.

La tercera fase, iniciada alrededor de 7.000 años a.J.C. está acabando en nuestros días. Durante su transcurso la sociedad humana

bre, o la restauración de la naturaleza por el hombre sin que éste pierda su patrimonio cultural.

Así como nuestros antecesores unificaron la especie humana en el más elevado nivel biológico que podía entonces existir

debemos nosotros unificar al hombre en el nivel cultural más alto que pueda existir o la evolución habrá llegado a su fin.

Si se examinan las grandes teorías emitidas sobre las fases atravesadas por la humanidad en su evolución, pueden aislarse algunas constantes cuya presencia simultánea y sistémica destaca tres procesos: el tecnológico, el social y el cultural. Estos tres

procesos están íntimamente entrelazados aunque en el transcurso histórico hay momentos en los cuales uno de ellos es preponderante, sin ser exclusivamente determinante. Es peligroso hablar de determinismos; preferible es analizar en cada complejo

concreto, espacial y temporalmente encuadrado, la gravitación de los factores de infraestructura (los económicos), de mesoestructura (los políticos) y de superestructura (los ideológicos, los culturales) en tanto que subsistemas interactuantes.

El proceso tecnológico, llamado civilizatorio por WEBER, 1960, es progresivo y acumulativo. A partir de los balbuceos del eolítico hasta llegar a las naves espaciales contemporáneas existe una secuencia de continuos perfeccionamientos, de renovados descubrimientos e invenciones, de conocimientos cada vez más intensos y correctos acerca de la naturaleza del mundo físico. El proceso tecnológico, pese a sus parciales retrocesos, contemplado en una perspectiva holística, revela un **crescendo** (hoy cuasi exponencial) de procedimientos basados en la ciencia fundamental y en la ciencia aplicada cuyos productos terminales (máquinas, objetos, materia funcionalizada, dispositivos, instrumentos, espacios estructurados) han invadido el planeta. Según el citado Alfred Weber el proceso civilizatorio está regido por la racionalidad, por la finalidad planeada, por las motivaciones utilitarias. Es de carácter irreversible y tiende a unificar la tecnología en una inmensa panoplia extendida por toda la Tierra.

El proceso social tiene que ver con los aspectos históricos del desarrollo interno de las colectividades y grupos humanos que, en distintos escenarios ambientales, han generado procesos dinámicos (el cambio social) y estructuras de dominio y dependencia (la estratificación social). La familia, la clase, la Nación surgen así como organizaciones que mediante el consenso o la lucha pautan los acontecimientos cualitativos específicos de la

especie humana, proyectada más allá del puro acontecer cuantitativo de la demografía.

El proceso cultural, separado caprichosamente del tecnológico, apunta hacia el mundo de los valores, de la capacidad creadora del hombre. El proceso tecnológico se basa en la utilidad; el social, en la voluntad esencial de la comunidad de vecinamiento o el pacto (*Gemeinschaft*) de la sociedad civil (*Gesellschaft*); el cultural, en la concepción normativa del mundo. Partiendo de un punto de vista aristocratizante muchos autores (13), entre los que figura A. Weber, consideran que la cultura comprende los productos "superiores" del espíritu: arte, religión, filosofía, moral, derecho. Suponen también que dicha cultura corre por cordón separado del proceso civilizatorio: en ella no hay continuidad ni progreso; posee una lógica propia, intranferible; constituye una síntesis de la **Weltauschaung** de un pueblo y la personalidad creadora del artista, del santo, del sabio. La cultura, además de ser un universo cerrado, insular, es una entidad reificada y pulsátil. Hay en ella períodos de ascenso, de pujanza creadora (el Siglo de Oro español) y períodos de fatiga, de inercia repetitiva, de improductividad (los Siglos Oscuros de la alta Edad Media).

Separar el proceso tecnológico del socioeconómico-político y del simbólico-cultural es un recurso analítico cómodo pero no se compadece con las interrelaciones que existen entre ellos. Se comprueba así una extraña incapacidad crítica entre los sociólogos, antropólogos e historiadores que reiteran los esquemas recibidos sin descubrir sus inconsecuencias y sus contradicciones. Este esquema tripartito del nivel adaptativo, el nivel so-

cial y el nivel ideológico pasa de mano en mano y los científicos sociales más acreditados lo repiten dócilmen-

te. Por ejemplo, RIBEIRO, 1973, si bien enriqueciendo y sutilizando algunos aspectos, nos dice que

la historia de las sociedades humanas en los diez últimos milenios puede ser explicada en términos de una sucesión de revoluciones tecnológicas y de procesos civilizatorios a través de los cuales la mayoría de los hombres pasa de una condición generalizada de cazadores y recolectores a otros modos, menos uniformes y más diferenciados, de proveer su subsistencia, de organizar su vida social y de explicar sus propias experiencias. Tales modos diferenciados de ser, aunque varíen ampliamente en sus contenidos culturales, no lo hacen en forma arbitraria, porque encuadran en imperativos de tres órdenes. Primero, el carácter acumulativo del progreso tecnológico que se desarrolla desde formas más elementales a formas más complejas, de acuerdo con una secuencia irreversible. Segundo, las relaciones recíprocas entre el equipamiento tecnológico empleado por una sociedad en su acción sobre el medio natural para producir bienes y reproducir la magnitud de su población, así como la forma en que tales relaciones se organizan internamente y con otras sociedades. Tercero, la interacción entre esos esfuerzos de control de la naturaleza y de ordenamiento de las relaciones humanas y la cultura, entendida esta última como patrimonio simbólico de los modos estandarizados de pensar y de conocer que se manifiestan materialmente en artefactos y bienes, expresamente a través de la conducta social, e ideológicamente en la comunicación simbólica y en la formulación de la experiencia social en cuerpos de saber, de creencias y de valores.

La contradicción salta a la vista: si los artefactos y bienes, productos materiales de la cultura figuran en el tercer proceso ¿qué hacen los mismos en el proceso tecnológico? Ya volveremos más adelante sobre este y otros aspectos referentes a los conceptos de tecnología, cultura y civilización.

Hasta ahora, de modo muy sumario, hemos contemplado en una violenta síntesis la periodización de la historia humana para ubicar en ella los antecedentes de "nuestro tiempo". Corresponde ahora preguntarnos por el nombre que le correspondería y por los caracteres fundamentales de su identificación sociocultural.

3. Nombre y caracteres de nuestro tiempo

Poner nombre a las cosas en el tiempo de los orígenes —"en un principio era el Verbo"—, equivalía a crearlas. En tal sentido, el Nombrador era el Demiurgo; era, en definitiva, Dios. Pero el sedicente hombre racionalista de Occidente, nacido en la Europa del siglo XVII, el siglo del Absolutismo (consúltese el precioso libro de ANDERSON, 1979) y de el despertar de la Ciencia (la mayúscula conviene en este caso), pone nombre a las cosas para conjurarlas, para huir —por el puente de las palabras— de la realidad y su ominosa presencia.

Así sucede con los periódicamente reiterados intentos para darle el nombre "exacto", "correcto", o "cabal" al cuerpo de la contemporaneidad que hora tras hora cambia su piel pretérita y aguarda la piel del futuro, que será pasado no bien sea estrenada. Es decir: esta desnudez de lo contemporáneo nos muestra un cuerpo súbito, en carne viva, en perpetua espera de un nuevo vestido y un nuevo epíteto.

No nos detendremos demasiado en el estudio de dicho nomenclator. Pero conviene decir desde ahora que, si nos atenemos a la prevalencia de los grandes números, el **homunculus famelicus** del Tercer Mundo no resulta afecto a este tipo de ejercicio heurístico, cuyo fondo es retórico quiérase o no. A la humanidad del Tercer Mundo, no la de los islotes urbanos de opulencia —el norte de Bogotá, por ejemplo—, sino la de los océanos de miseria que los rodean, sólo le interesa vivir o, mejor, sobrevivir. Está de espaldas a los epítetos y conceptos definidores de "nuestra época" (que no es por cierto la suya) porque a su frente se halla el hambre de cada día, y al hambre hay que aplacarla de cualquier manera en vez de filosofar acerca de la esencia, la inmanencia y la trascendencia de las ideas o los entes. El inmenso sector de la humanidad —seguramente las dos terceras partes de la misma— que soporta la historia, que no es su agente sino su paciente, no tiene tiempo, ni instancias, ni capacidad para reflexionar sobre los destinos de la cultura contemporánea, los posibles desenlaces de la crisis desencadenada a partir de 1914 o las prospectivas cibernéticas de la automatización total. Y si pudiera hacerlo directamente, al margen de sus altavoces esclarecidos —un pescador de Guarinocito jamás hablará como Fanon—, diría, a partir de la

extrapolación de su experiencia, que esta época y la de atrás y la que vendrá son todas iguales, y que su denominación única e inamovible podría ser la de la Gran Miseria, la de la Inacabable Opresión, la del Sufrimiento Perpetuo. Claro está que los epítetos desposeídos de todo poder secular se desvanecen entre las nubes de cartón del folclor, tras la niebla supina de lo anecdótico, bajo el humor insignificante de los humildes ¿alguna vez el lector pensó que **humus**, **humilde** y **homo**, hombre, provienen de una misma raíz?). Por ello las muchedumbres del Tercer Mundo están mudas, o, por lo menos, no tienen voz ni voto, que viene a ser lo mismo. Y la "voz de los que no tienen voz" casi siempre emite un mensaje mediatizado por el **bias** clasista o por el desfase demagógico. En esa silenciosa periferia de la civilización nadie padece la náusea existencialista, ni surge la filosofía a modo de "prótesis", tal como la analiza KOLAKOWSKI, 1969, ni cabe un "tratado de la descomposición" al estilo de Cioran, un rumano draculizador de la vida cotidiana. En esta zona tenebrosa, en este arrabal de la dignidad humana no se filosofa, ni se trazan fronteras entre el ser y el hacer, ni se busca el signo sutil y evasivo de lo contemporáneo: sólo se "dura" al nivel de la dialéctica de la nutrición, sólo se conoce la aporética del desamparo.

Lo que se ha expresado hasta ahora, como breve exordio a pensamientos más operativos, es decir, más asépticos, nada tiene de literario y menos de pintoresco. Se atiene a lo que sucede en la región de las verdaderas mayorías donde el dato demográfico, tan denostado, nada puede contra la presión geopolítica, tan mimetizada. El análisis de los términos que califican a nuestro tiempo se circunscribe, pues, a los utilizados por

la sociedad occidental del área industrializada y a los portadores de sus concepciones del mundo, **intelligentia** (14) por un lado y "**élite del poder**" (15) por el otro.

El primer escollo que se presenta consiste en fijar los límites cronológi-

cos de lo que se denomina "nuestro tiempo". Generalmente el contenido se da por supuesto y se le denomina sin más, suponiendo que la operación cuasi mágica de encontrar un nombre otorgará sentido a lo nombrado

hace falta, pues, un nombre para nuestro tiempo: sin un nombre las cosas no son nuestras... Sin un nombre las cosas se sustraen a nuestro dominio porque escapan a nuestro conocimiento. Conocer significa definir, y definir significa marcar los límites a la cosa, es decir, darle forma en su individualidad y según esta misma, descubrir, justamente, su razón de ser. El problema del nombre no es, pues, una cuestión ociosa, puramente verbal, sino importante y quizá decisiva. Con el nombre la cosa se representa y por lo tanto se hace identificable.

COTTA, 1968.

Pero, ¿qué es eso de "nuestro tiempo"? Se trata de alguna pertenencia nuestra —¿quiénes somos nosotros; quiénes, los otros?— o somos nosotros la pertenencia de esa proteica entidad cronológica, inasible e indefinible como el tiempo mismo, el Cronos griego que al hacerse cristiano de demitifica y escapa a la calificación de los espíritus, como le sucediera a San Agustín? (16). ¿Se trata de lo que va corrido del siglo? ¿O acaso la época iniciada luego de la Segunda Guerra Mundial? ¿O, achicando aún más como lo hacían los antiguos historiadores españoles al estilo de Herrera, el último decenio? En definitiva ¿qué se gana inventando un nombre y cubriendo con él un **tempo** que tiene un acento y un ritmo distintos en la Guerra de las Malvinas, en la Guerra de Vietnam y en la Guerra del Líbano? Pero ¿en verdad existe un "tiempo" compartido por todos los europeos, los africanos, los latinoamericanos, los angloamericanos y los oceánicos?

Por otra parte hay un tiempo para los hechos, los sucesos, los procesos que forman parte de la escala espa-

ciotemporal, y otro tiempo para el flujo de las ideas y las ideologías, inasible, no acotable, al margen de la reificación descriptiva. La muerte de Kennedy, en tanto que magnicidio ubicable, verificable y documentable pertenece al dominio de lo espectacular (de **spectare**, observar, contemplar). No son en cambio espectaculares los caminos mentales y afectivos por donde circulan los mensajes del existencialismo francés (que tenía un visible santuario en el Café de Flora) o el cancionero de los Beattles, arrebatando juventudes reunidas en grupos tangibles o desperdigadas en auditores solitarios. Estos tres ingredientes históricos —Kennedy, el existencialismo, el estilo de los Beattles— pertenecen a los años sesenta, llamados los "años de la libertad". ¿Cuántos elementos más **habrá que agregar** en la modernización de los historiadores actuales para rescatar las características básicas, denominadoras, de aquel decenio?

Todo lo anotado a modo de advertencia conforma un antídoto contra la facilidad, contra la simplificación. Pero para interpretar la historia, no hay

más remedio que escoger. Y lo que se escoge tiene el acento de lo actual: proyectamos nuestras vivencias y apetencias hacia el pasado y sólo rescatamos aquello que puede ser entendido a la luz del presente. Por eso las épocas de libertad buscan en la historia de Roma la hazaña civil de los tribunos de la plebe —pensemos en los Gracos— y en las épocas de planificación se alaba la organización del Imperio en el siglo de Augusto. Estos son los **idola** que nos acechan cuando tratamos de interpretar hoy —agosto de 1982— los caracteres de “nuestro tiempo”.

Manejando ideas más de una vez usadas —y usurpadas— es posible establecer sin mayor violencia que los caracteres fundamentales del siglo XIX se prolongan —en los “centros”, claro está— hasta 1914. En la Europa y los EE.UU. novecentistas se cree que poco falta para el advenimiento de una nueva Edad de Oro. Los desarrollos de la industria y la organización del Imperio (el de los colonialismos europeos), la marginalización del Estado gendarme de los negocios particulares y la difusión del bienestar en las clases superiores y medias, y muchos otros indicadores, habían hecho creer que se pisaban ya

los umbrales escatológicos de un Milenio secularizado de abundancia, refinamiento, inteligencia y maquinismo. La Religión del Progreso, inaugurada por los “ilustrados” —que también llegaron a ser ilustres— del siglo XVIII, culmina victoriosamente en el siglo XIX. No hay límites, se piensa, para el crecimiento material y el desarrollo cultural de la civilización; otros sectores sociales suponen que ya es imposible ir más allá, que todo está descubierto, que se ha llegado a la culminación de los tiempos. El **plus ultra** y el **non plus ultra** de la cumbre son las expresiones del pionerismo y el conformismo de un tiempo humano satisfecho de sí mismo. Ya no se ensalzan las tradiciones de un pasado supuestamente torpe e infeliz sino que se mira al futuro en tanto que curva exponencial o asíntota superior. Nadie, entre los pensadores darwinistas o spencerianos recuerda los malos agüeros de Pascal quien decía en sus **Pensamientos**, 1669, que “todo lo que se perfecciona por progreso muere también por progreso”.

El siglo XIX inaugura un corte factual en el proceso humano y, paralelamente, establece un corte epistemológico:

Tradicionalmente el espíritu venía siendo concebido como perspectiva de eternidad. Sólo al llegar al siglo XIX —o mejor, a finales del XVIII— la conciencia del hombre reflexionará sobre las transmutaciones de los dos siglos precedentes y —si cabe la expresión— repensará sus pensamientos pretéritos. En los siglos XV y XVI la humanidad descubrió el espacio y el choque fue brutal. En el XIX descubre el tiempo y el traumatismo es aún más violento. No solamente se encuentra el hombre en el centro del cosmos, sino que su mismo espíritu está menos vinculado a la eternidad que al devenir. Lo cual puede representarse por la célebre fórmula de Hegel: la naturaleza es lo carente de historia; el Espíritu es lo que tiene historia. Esta postura se precisará más todavía cuando la idea de evolución, que las ciencias naturales respiran, resuene en la totalidad del pensamiento humano. El hombre será entonces aquel ser por medio del cual la evolución se hace historia. Lo esencial, en consecuencia, ya no es lo que ha sido sino lo que ha de ser:

no hay que seguir definiendo a la humanidad por sus orígenes sino por sus perspectivas de futuro. El tradicionalismo queda herido de muerte y un efectivo "progresismo" se consolida desde el día en que cada cual advierte que tiene menos motivos para jactarse de sus antepasados que para alabar a sus descendientes. De modo paradójico, el descubrimiento del tiempo —que es descubrimiento de la inmensidad de su pretérito— se graba en el hombre como descubrimiento y liberación de su futuro.

LACROIX, 1963.

El siglo XIX es la imagen del Progreso y cree en el Progreso.

En el campo contestatario el marxismo, crítico implacable del capital y sus mecanismos de explotación y opresión humana, también asume la actitud optimista de los dueños de la riqueza, el poder y el saber y lo proyecta hacia la gran trasmutación que significará el advenimiento del comunismo (que hoy en puridad **no existe**) cuya consumación acarreará la muerte del Estado. El Estado soviético contemporáneo ha dado un rudo mentís a aquellos sueños pero no ha dejado de exaltar el "progresismo" y difundir su halo perfeccionista en el mundo **-orbi-**pero no puertas adentro de la ciudadela **-urbi-**. Un ciudadano "progresista" es quien, sin estar afiliado al P.C., se atreve a defender en el ámbito de las plutodemocracias las reivindicaciones sindicales, la libre emisión del pensamiento, la plenitud de los derechos humanos, etc. Como esas conquistas se suponen ya logradas por la dictadura del proletariado, tras las fronteras de la U. R. S. S. y las democracias populares la voz "progresista" es sustituida por la de "comunista".

La Guerra Mundial de 1914-1918 termina abruptamente con las fantasías del Progreso. La Diosa Razón es emboscada por los bandoleros de la irracionalidad: la ciencia de Pasteur, que curaba al detalle, es sobrepasada por la ciencia balística del Gran Bertha, que mata al por mayor. Entonces

las grandes carnicerías de Verdun, Somme y Marne acaban con las ilusiones perfeccionistas: la máquina ya no es el aliado sino el asesino del hombre. El Golem camina de nuevo sobre la Tierra y se vuelve contra su amo y creador.

En la época de la postguerra, desde la postrada Alemania (ya no más **Deutschland über alles**), Spengler habla sin embozos de **La Decadencia de Occidente** (1918-1922); poco después Berdiaev, desde otra zona de Europa, donde resuenan los acentos de la Internacional, llega a Berlín y escribe allí una **Nueva Edad Media** (1923). La derrota del Kaiser y la ejecución del Czar (cuyos nombres son la versión germanizada y eslavizada del César romano) señalan para esos autores el fin de **su** mundo, que confunden con el fin del mundo. Ellos, con muchísimos occidentales, creyeron de veras que el mundo digno de ser amado y disfrutado llegaba a su fin.

A partir de 1918 se abre un largo y fermental paréntesis donde comienzan a madurar los frutos de la contemporaneidad. Pese a la prestidigitación de los "años locos" y a las evasiones propuestas por las distintas vanguardias artísticas (DE MICHELLIS 1979), la paz armada consecuencia de la gran crisis capitalista de 1929 y la consolidación de los bolcheviques en el poder, empalma inevitablemente con la Segunda Guerra Mundial que, con su finalización atómica, cierra el interludio 1918-1945.

¿Qué ha sucedido en el mundo durante esos escasos pero intensos y dramáticos años?

Un tentativo resumen de dichos procesos puede ser el siguiente:

1º El advenimiento y avance del socialismo, que convierte la utopía marxista en topía geopolítica al ocupar la sexta parte de las tierras emergidas;

2º El surgimiento, desarrollo y colapso del fascismo italiano y el nazismo alemán, ambos condicionados —si no determinados— por la pinza del filibusterismo comercial del “libre mercado” y el paradigma catequístico del “Oriente rojo”;

3º La crisis cíclica más profunda y catastrófica del sistema capitalista se expande por el mundo “occidental y cristiano” desde el epicentro de Wall Street. En 1929 mientras se desmoronaba la economía en la Bolsa de New York el estadounidense Hemingway daba a luz su novela **Adios a las armas** y el alemán Remarque publicaba, del otro lado del charco, **Sin novedad en el frente**. Pero más fama que ambos iba a tener el británico KEYNES, 1936, quien propondría una reorganización a fondo del capitalismo, haciéndolo menos “salvaje”, controlándolo, modernizándolo y enfílándolo hacia una economía del bienestar a partir de una economía del desempleo;

4º La caída paulatina pero sostenida de los imperios coloniales que comienza, muy lentamente, a partir de la primera postguerra y se consuma, con veloz impulso, en los primeros años de la segunda (17).

Mientras se entrecruzaban y propagaban en ondas concéntricas estos procesos cruciales surgían otros, me-

nos espectaculares, cuya íntima relación con los grandes acontecimientos del período revelaban el advenimiento de una nueva atmósfera social, de un nuevo orbe político. El Estado se “moderniza” y fortifica las funciones del Poder Ejecutivo en detrimento del Legislativo y aún el Judicial, desequilibrando intensamente el viejo modelo de Montesquieu; los **mass media** expanden su importancia cuantitativa y cualitativa, que Goebbels sabe aprovechar en su momento y la propaganda comercial del consumismo naciente en el suyo; se amplían y profundizan los sistemas de seguridad social, de los cuales el de Beveridge (1942) aparece como supremo recurso de las democracias capitalistas para conjurar el fantasma del comunismo que ya no recorre solo a Europa, como decía Marx en el **Manifiesto**, sino al mundo entero; y como corolario de la expansión de la ciencia y la técnica, puestas al servicio de la guerra, el doble resplandor del Hiroshima y Nagasaki anuncia a la prehistoria del conocimiento, a partir de entonces clausurada, que la fisión atómica marca el paso definitivo de la intervención humana en la naturaleza.

La fisión atómica no sólo inaugura la Edad del Miedo; tiene implicaciones más hondas, dado que modifica las relaciones de la humanidad con la materia y la energía universales. Como expresara HEIDEGGER, 1954, este paroxismo de la técnica opera un tránsito entre dos edades. Se pasa de la edad de la producción, que supone un estímulo a la naturaleza para que se muestre, a la edad de la pro-vocación, que llama a la naturaleza ante nosotros para que nos rinda cuentas. En el primer caso, el de la producción, hay una actividad mayéutica: el hombre es el partero de la naturaleza inducida; en el segundo, el de la pro-

vocación, el hombre se mete en la matriz de la naturaleza y la violenta, la despierta del "sueño del Ser" y, al apropiarse de la carga energética de su esencia cósmica, conquista el poder de las estrellas.

Si esta crisis es en su fondo una crisis de la razón, todas sus manifestaciones tienen que bambolearse al mismo ritmo; en el eclipse de la inteligencia, también las ciencias quedan cubiertas por su arco de oscura sombra. Y mientras siga encrespada la ola de irracionalidad que nos inunda, el hombre poseído por una actitud racional —y tal es y tiene que ser el científico— es el náufrago entre los náufragos.

MEDINA ECHAVARRIA, 1941.

El triunfo de las máquinas semeja una victoria pírrica y BERGSON, 1932, al referirse al cuerpo "enormemente desarrollado" de la producción material de la humanidad dice que "espera un suplemento de alma" al tiempo que pide "una mística" para contrapesar la influencia de la mecánica (en realidad alude **in petto** a la "exigencia" de una mística por parte de la mecánica).

No se crea que la Crisis —conviene escribirla con mayúscula— es el exclusivo signo de nuestro tiempo. El hombre en sí es el producto de una crisis biológica de adaptación al medio. La cultura nace de la crisis del homínido que por el uso de los utensilios y el surgimiento del lenguaje se convierte en humano. Toda la historia de la humanidad es el producto de crisis sucesivas y las crisis sucesivas son el producto de la historia humana. La guerra del Peloponeso, tal como la narra Tucídides, o las guerras de religión que desgarraron a Europa en los siglos XVI y XVII, son profundas crisis, reveladoras de la finalización de una época "orgánica" y el advenimiento de una época "crítica" la distinción es de Saint-Simon (18). Pero sucede que aque-

Pero también en el período 1918-1945 se define en el horizonte de la civilización la conciencia de la crisis. El edificio seguro y confortable del Progreso se ha derrumbado. La razón y la inteligencia del hombre son puestas en tela de juicio:

llas crisis, entre tantas otras de terribles caracteres —las invasiones de los bárbaros, la expansión islámica, el pulso mongólico de las estepas del Asia Central—, fueron regionales, continentales, a lo más, mientras la que actualmente vivimos, la nacida a partir de 1918, es mundial. La revolución científico-técnica se inscribe en una crisis y genera, por su parte, otra crisis.

Hay, se dice, crisis en el arte, en las escalas de valores, en las actitudes de la civilización ante la divinidad, en las costumbres y en la moral, en los mecanismos de flotamiento de la psiquis individual, en el ambiente, etc.

Este uso intenso y a veces indiscriminado del término reclama algunas preguntas: ¿qué es crisis; qué significó originariamente el término; qué alcances tiene en la actualidad?

Según su fuente griega crisis, en sentido procesal, quiere decir juicio, en tanto que la sentencia de un juez o un jurado, y hoy, el crítico literario, por ejemplo, revive con su quehacer aquel prístino significado. Crisis, **ab ovo**, pues, quiere decir elección, decisión. La medicina hipocrática se adue-

ña luego del término para distinguir el momento crucial (o sea, crítico) de una dolencia: a partir de entonces, cuando la enfermedad "hace crisis", el enfermo sana o muere.

El empleo del término en el campo social es relativamente reciente y puede remitirse al siglo XIX, particularmente a los trabajos de Saint Simon y su discípulo Comte. La literatura occidental sobre la crisis —y las crisis—, sobre la conciencia de la crisis, y sobre los caracteres de las crisis, es a esta altura de nuestro siglo muy vasta: Spengler, Berdiaev, Klages, Jaspers, Huizinga, Heidegger, Adorno, Riesman y Ortega y Gasset, etc. son algunos de sus más visibles representantes. Reuniendo los distintos análisis resulta que, según hoy

vemos las cosas, una crisis es un desencadenarse súbito de acontecimientos que dejan a la humanidad, o a grandes sectores de la misma, sin el habitual piso de creencias y estímulos. Una crisis, empero, entraña a un tiempo un "tratado de la desesperación" y una escatología de la esperanza; se clausuran las habituales expectativas y no se sabe lo que vendrá, pero aún "con la muerte en el alma" —el término es de Toynbee— hay espíritus que se embarcan en la aventura de modelar un porvenir, de proponer un futuro posible —**un futuro**—, según Berthand de Jouvenel— o deseable.

Una caracterización de la crisis a nivel de la población en general es la siguiente:

En épocas de crisis, estos problemas (los del destino del hombre) adquieren repentinamente una importancia excepcional, tanto teórica como práctica, tanto para los pensadores como para el simple pueblo. Una enorme parte de la población se encuentra a sí misma desarraigada, arruinada, mutilada y aniquilada por la crisis. La rutina del diario vivir del pueblo es totalmente trastornada; queda rota su adaptación habitual y grandes grupos de seres humanos se convierten en masas de personas desplazadas. Ni siquiera el hombre de la calle puede evitar el preguntarse: ¿Cómo ha ocurrido todo esto? ¿Quién es el responsable? ¿Cuáles son sus causas? ¿Existe alguna salida? ¿A dónde vamos nosotros? ¿Qué ha de ocurrirme a mí? ¿Qué a mi familia y a mi país?

SOROKIN, 1941.

Puede estimarse como clásica en el ámbito cultural hispánico la caracterización hecha, casi simultáneamente (1942), por ORTEGA y GASSET, 1958:

Una crisis histórica es un cambio de mundo que se diferencia del cambio normal en lo siguiente: lo normal es que a la figura del mundo vigente para una generación suceda otra figura de mundo un poco distinta. Al sistema de convicciones de ayer sucede otro hoy —con continuidad, sin salto; lo cual supone que la armazón principal del mundo permanece vigente al través de ese cambio o sólo ligeramente modificada. Eso es lo normal. Pues bien: hay crisis histórica cuando el cambio de mundo que se produce consiste en que el mundo o sistema de convicciones de la generación anterior sucede un estado vital en que el hombre se queda sin aquellas convicciones, por tanto, sin mundo. El hombre vuelve a no saber qué hacer, porque vuelve a de verdad no saber qué pensar sobre el mundo. Por eso el cambio se superlativiza en

crisis y tiene el carácter de catástrofe. El cambio del mundo ha consistido en que el mundo en que se vivía se ha venido abajo, y, por lo pronto, en nada más. Es un cambio que comienza por ser negativo, crítico. No se sabe qué pensar de nuevo —sólo se sabe o se cree saber que las ideas y normas tradicionales son falsas, inadmisibles. Se siente profundo desprecio por todo lo que se creía ayer, pero la verdad es que no se tienen aún nuevas creencias positivas con qué sustituir las tradicionales. Como aquel sistema de convicciones o mundo era el plano que permitía al hombre andar con cierta seguridad entre las cosas y ahora carece de plano, el hombre se vuelve a sentir perdido, azorado, sin orientación. Se mueve de acá para allá sin orden ni concierto; ensaya por un lado y por otro, pero sin pleno convencimiento; se finge así mismo estar convencido de esto o de lo otro... En las épocas de crisis son muy frecuentes las posiciones falsas, fingidas. Generaciones enteras se falsifican a sí mismas, quiero decir, se embalan en estilos artísticos, en doctrinas, en movimientos políticos que son insinceros y que llenan el hueco de auténticas convicciones.

Para terminar vamos a ofrecer una caracterización que es un verdadero puchero, un listado inorgánico de rasgos, pero cuyo mérito es coleccionar de una vez por todas las característi- cas apuntadas por distintos autores que, desde diversos puntos de vista —histórico, sociológico, psicológico, filosófico— han emprendido una me-

ditación sobre la crisis de nuestro tiempo en la cual se articula —no como un islote inconvencible, sino como un elemento desencadenante del Maelstrom contemporáneo— la R.C.T., cuyo anverso es la S.P.I.

En la crisis actual se constelan los siguientes rasgos:

...hiperconciencia; aumento de posibilidades (por lo tanto, no forzosamente decadencia); perplejidad; desarraigo; desvanecimiento de ciertas creencias firmes, usualmente inadvertidas; inadecuación entre lo vivido y lo vagamente anhelado; inadecuación entre teorías y doctrinas y "prácticas"; proliferación de "salvaciones parciales" (y por ello de sectas, grupos, etc); antropologismo y a veces antropocentrismo (preocupación primaria por el ser y destino del hombre); exageración —por reacción— de tendencias anteriores ("retornos a lo antiguo"); tendencia a la confusión y a la identificación de lo diverso; penetración recíproca de toda clase de influencias; particular inclinación a ciertos saberes que inmediatamente se popularizan —sociología, psicología, pedagogía o sus equivalentes—; ironía; caricatura deformadora; intervención frecuente de las masas, muchas veces a través de un cesarismo; aparición de creencias todavía no bien formadas que se disputan el predominio en forma de ideologías; estoicismo en grupos selectos; trascendencias provisionales; deshumanización unida a la sensiblería; irracionalismo (exaltación de lo irracional, distinta de su reconocimiento ontológico); descubrimiento de verdades inmediatamente exageradas y que sólo la época estable reducirá a sus justas proporciones; a la vez, descubrimiento de nociones en germen que sólo dicha época explorará en todas sus posibilidades; aparición de grupos aparentemente irreductibles pero separados por diferencias muy leves; predominio del hombre de acción; retiro del intelectual a una soledad no sólo espiritual, más también social; "traición de los intelectuales"; utilitarismo

y pragmatismo; aparición del dinamismo sin doctrina; conflicto entre la moral individualista y las doctrinas en pugna; "realismo romántico" y "pesimismo realista"; historicismo o sus equivalentes; profusión de consolaciones y guías de descarriados;... etc.

FERRATER MORA, 1979.

La crisis desencadenada a partir de 1918 es, según el autor antes citado, la "crisis de los todos" en el pasado, según expresa en un conocido libro, hubo crisis de los "pocos" y crisis de los "muchos": la nuestra, en cambio, es una crisis planetaria en lo geográfico y ecuménica en lo humano (FERRATER MORA, 1965).

Un rasgo de la crisis contemporánea en el cual debemos fijar la atención es el de su actividad prospectiva; si bien hay sectores anonadados, desorientados, otros piensan en y enjuician a su tiempo a la luz de diseños del porvenir, imaginan nuevos

pactos de convivencia y providencia, reviven las tácticas mentales del utopismo, tan duramente enjuiciado por MOLNAR, 1967, que conduce "a la negación de Dios y a la autodivinización, esto es, a la herejía". Pero al lado de los utopistas que proponen sumergir al individuo en una comunidad —o colectividad— sustitutiva de la Providencia, están los que simplemente esperan un mundo mejor, ya que el mañana será el misterioso agente de una sociedad más perfecta constituida por hombres menos imperfectos. Este tipo de hombres confía aún en rescatar la Esperanza del fondo de la caja de Pandora.

Esta capacidad de interrogación sobre el porvenir, de interrogación proyectiva —y en algún caso apocalíptica— tira tan fuertemente de la imaginación y de todo el espíritu humano que parece, por el momento, haber desequilibrado la armonía entre los tres momentos temporales de nuestras vidas: pasado, presente y porvenir, que con lenguaje del filósofo Zubiri podríamos traducir por tradición, posibilidad y proyecto. El intenso relumbre de las nuevas posibilidades hace pasar casi toda la energía de nuestro tiempo hacia el momento del porvenir presentándonos todo el pasado como algo sumamente balbuciente y provisional. El poder judicial de la esperanza ha convertido así la Historia en un proceso —en el doble sentido de la palabra— del que nuestro presente es un momento especialmente transitivo... La previsión del porvenir era para los europeos ilustrados de hace cincuenta años algo tan seguro y de confianza tan infatuada que a los hombres de hoy —harto más provistos de razones para esperar grandes cosas en el orden del progreso— nos resulta ridículo. Porque las previsiones del hombre de hoy no son ciegas y confiadas sino lúcidas, fundadas en un conocimiento bastante más claro de la naturaleza de sus poderes, y por lo tanto preocupadas.

RIDRUEJO, 1958.

Resta ahora, ya que hemos esbozado apenas alguno de los caracteres fundamentales del intervalo 1918-1945, analizar, si no las configuraciones gestálticas —eso será obra de la

próxima generación—, los rasgos más salientes del período histórico contemporáneo. Epoca contemporánea es, a los efectos de este ensayo, la que se inicia en la segunda postgue-

rra y se prolonga hasta los actuales días. Es también lo que entendemos por "nuestro tiempo".

Nuestro tiempo puede ser caracterizado, descriptiva y no hermenéuticamente, por una serie o un sistema de "explosiones" que han provocado, al concentrar y potenciar sus poderes deflagratorios, una simétrica implosión.

¿Cuáles son esas explosiones que estremecen el cuerpo y el alma de nuestro tiempo? ¿Constituyen revoluciones o procesos acelerados? ¿Qué relaciones tienen entre sí —simultaneidad, interrelación, reacción en cadena— y con los antecedentes del próximo pasado? ¿Hacia qué tipo de futuro apuntan?

Las explosiones más notorias, entre otras, son las siguientes: la poblacional, la educativa, la informativa, la científica, la técnica, la industrial, la del consumo, la del entronizamiento de las masas, la de la violencia subversiva y represiva, la de los armamentos.

La implosión, provocada por los impactos materiales de algunas de las explosiones, es la del ambiente. Claro que también implotan la cultura y la psiquis humana, pero estos aspectos, muy importantes en otra instancia, deben dar paso a los directamente relacionados con la R.C.T. y la S.P.I. Y como émbolo de lo que explota e implota, y telón de fondo a la vez en virtud de un desdoblamiento sociológico peculiar, se pasea por la escena el **Deus ex machina** que, a falta de otro nombre, denominamos la "aceleración de la historia".

Finalmente no quedaría completa la caracterización sumaria de nuestro tiempo si no se señala que a partir de la Segunda Guerra Mundial se ahon-

da el foso existente entre las naciones ricas y las naciones pobres. Se dibuja entonces en el horizonte económico la figura del subdesarrollo que, en contraposición a lo que se piensa que es desarrollo en las áreas industrializadas —crecimiento del reino de las cosas, alta renta **per cápita**—, adquiere a la vez una dimensión factual y un nivel teórico-ideológico de profundas consecuencias mundiales.

El nombre de nuestro tiempo ha sido objeto de múltiples propuestas. En el orden de la materia —los dispositivos tangibles—, se le ha denominado Edad Atómica, Era del Industrialismo, Civilización Técnica, Era Espacial; en el orden de sus caracteres antroposociales, se le ha llamado Civilización del Bienestar, del Consumo, de la Opulencia, del Ocio, de la Planificación Social, de la Social Democracia, del Imperialismo, del Reformismo, etc.; en el orden de sus rasgos psicoculturales se la ha caracterizado como Era de la Crisis, Edad de la Ansiedad, Era del Malestar en la Civilización, Epoca del Hombre Unidimensional, Edad sin Dios, Era de la Protesta, etc.

Es poco recomendable que nos metamos en este dédalo de opiniones, de calificaciones. Poco ganaríamos con ello. Lo que verdaderamente importa es estructurar, en un sistema coherente, los rasgos de lo que provisoriamente denominaremos Era Industrial, para distinguirla de la Era Preindustrial y la Era Postindustrial, esta última objeto específico de nuestro análisis.

4. De la era preindustrial a la era industrial

La era industrial se inicia en la Inglaterra de mediados del siglo XVIII

merced a un proceso que se ha llamado la "revolución industrial". Esta aparente tautología constituye la razón de ser de un infinito número de estudios dedicados al tema y, fuera del campo de la teoría, ha sido el fenómeno histórico que hace apenas dos siglos transformó de modo radical la faz de la Tierra.

Según los británicos quien inventó el término "revolución industrial" fue el profesor Arnold Toynbee, tío del famoso historiador también así llama-

do, cuyo **A Study Of History**, 1934-1954, yace hoy en el olvido, luego de haber conocido un auge extraordinario. En cambio, las conferencias de su pariente, publicadas en 1884 por los alumnos de Oxford (DEANE, 1965), tuvieron la virtud de sistematizar por vez primera y dar nombre al más relevante fenómeno de la edad contemporánea (19). En verdad, el inventor del término "revolución industrial" no fue el Prof. Toynbee. Federico Engels se le había adelantado alrededor de cuarenta años cuando en 1845 escribía:

La revolución industrial tiene para Inglaterra la misma importancia que la revolución política para Francia y la filosófica para Alemania, y la distancia existente entre la Inglaterra de 1760 y la de 1844 es por lo menos tan grande como entre la existente entre la Francia del **Ancien Régime** y la de la Revolución de Julio. Pero el fruto más importante de esta revolución lo constituye el proletariado inglés.

ENGELS,

¿Es correcto hablar de revolución industrial? Esta pregunta se la han planteado numerosos autores. Uno de

ellos, a quien le otorgamos personalidad por los demás, ha expresado al respecto:

La exactitud del título "La Revolución Industrial", como aplicable a esta serie de cambios, es ampliamente discutible. Los cambios no fueron propiamente "industriales", sino también sociales e intelectuales. Por otra parte, el término "revolución" implica un cambio repentino que no es, en realidad, característico de los procesos económicos. El sistema de relación entre los hombres que ha sido llamado capitalismo se originó mucho antes de 1760, y alcanzó su desarrollo mucho después de 1830; existe, por consiguiente, el peligro de ignorar el factor esencial de continuidad.

ASHTON, 1948.

Todavía resta poner en claro lo que significa industria. **Industria**, en latín quiere decir actividad, laboriosidad, diligencia. La industria es un rasgo personal o colectivo que califica la industriosisidad, el apego al trabajo (20). Este trabajo, como actividad humana y como valor social, está en la raíz del comercio antrópico con la materia, en el diálogo alterno del **homo faber** con Prometeo y con Hera-

kles. El trabajo prometeico, titánico, parte del robo del fuego y la donación de las técnicas a los hombres para que éstos se apoderen de las fuerzas de la naturaleza y las pongan a su servicio. Prometeo, el prospector, el que se anticipa a los hechos, quiere liberar a los hombres haciéndolos dueños de la vida material, pero no le puede hurtar a Zeus la ley moral, "única garantía de la verdadera liber-

tad" (HEGEL, *Jeneser Realphilosophie*, edición de Hoffmeister, tº 1º, 1931). El castigo de Prometeo, encadenado en una roca (la de la vida material, la de las técnicas) y martirizado por los buitres (la insatisfacción de lo logrado, la creación de nuevas apetencias y necesidades materiales) es el paradigma de aquella suerte de trabajo que, al dominar la naturaleza, hace al hombre esclavo de sus instrumentos creadores y sus objetos creados). Pero existe otro tipo de trabajo distinto al titánico. Es el heroico, el heracliano. Herakles es un héroe cultural cuyos doce trabajos, los "de la geografía humana" (URABAYEN, 1949), ejemplifican los inteligentes esfuerzos de la humanidad por escapar a la ominosa presión de los elementos naturales, del clima, de la topografía, es decir, que exaltan los logros del trabajo racional, de la actividad enderezada a ofrecer bienestar y no riqueza material, de la ley moral aplicada al entorno, todo lo cual conforma no la figura de un rebelde sino una "individualidad puramente espiritual". De este modo es posible trascender el repertorio tiránico de las cosas por el mundo del espíritu, hechura de la libertad. La industria, pues, es el signo distintivo de las humanidades laboriosas y se halla en la raíz del trabajo como valor y no como necesidad, como encarnación de la cultura material y no como dominio brutal del medio. Pero aceptemos que hubo efectivamente una revolución industrial en la Inglaterra del siglo XVIII por lo rápido de sus conquistas y por los cambios sociales y económicos sobrevinientes. Aún así, como advierte LANDIS, 1969, el concepto de revolución industrial ampara otros contextos. En sentido diacrónico puede hablarse de revoluciones industriales en los siglos que antecederon

al XVIII, y aún en el seno o en la cauda de la revolución industrial clásica. Los historiadores suelen aludir a la revolución industrial provocada en la antigüedad por la fundición del hierro (las edades del hierro europeas de Hallstat —900—500 a.J.C. - y de La Tene —250—100 a.J.C.—), a la revolución industrial del siglo XIII en el medioevo cristiano, que en puridad fue una revolución comercial (POUNDS, 1974), o a las segunda o aún tercera revoluciones industriales, por no hablar de nuestra R.C.T. En sentido sincrónico se alude de continuo, ya con Marx o Rostow en la mente —y ambos con su itinerario de cinco etapas—, a las revoluciones industriales del Tercer Mundo; unas incipientes; otras frustradas; otras, las más, en el designio filantrópico de los economistas que procuran arrancar a sus pueblos de la "pobreza crítica" o "pobreza absoluta", una forma elusiva de nombrar a la física miseria.

¿Es la revolución industrial un episodio súbito, que se genera y consume en pocos decenios, o responde a factores larvados, a una lenta acumulativa de técnicas, habilidades e instituciones que, convocadas por una peculiar coyuntura, afloran sistémicamente, en un apretado juego de interacciones?

Según NEF, 1964, la mecha se enciende con el desarrollo de la minería y la metalurgia en la Edad Media, se aviva durante el Renacimiento, "era de expansión industrial", y la Reforma, y prepara, durante los siglos XVI y XVII, el gran estallido que ocurriría a mediados del siglo XVIII. Incluso sostiene, contra la opinión de la mayoría, que la revolución científica y la revolución industrial maduran **pari passu**, si bien la ciencia "creó un mundo propio".

La característica más notable de este mundo fue su independencia con respecto de la experiencia práctica, la nueva así como la antigua, en cuanto a sus decisiones intelectuales básicas. En el período donde se originó un decisivo cambio en los procedimientos racionales, o sea en el propio pensamiento y no en las instituciones económicas de la Europa de los siglos XVI y XVII, se generaban los nuevos puntos de vista y promovían la mayoría de las variaciones que los científicos de primera línea ejercitaban sobre aquellos.

ROSTOW, 1960, aboga por una explosión súbita, por un corte con el pasado. De tal modo el proceso de la revolución industrial se habría operado en los dos decenios posteriores a 1783. ¿Pero por qué la revolución in-

dustrial se realizó en Gran Bretaña y no en Francia o los Países Bajos, "qué tanto enseñaron a los demás"? He aquí las explicaciones del autor del Manifiesto no Comunista:

De nuevo tenemos aquí una lista conocida. Los holandeses se entregaron muy asiduamente a las finanzas y al comercio, sin tener una base adecuada de manufacturas, en parte porque carecían de materias primas en el país y en parte porque los grupos financieros y comerciales predominaban sobre los manufactureros. Y más tarde, cuando en el siglo XVIII los ingleses y los franceses se lanzaron con todo a la competencia comercial, los Países Bajos carecieron de recursos económicos, navales y militares para seguir al frente del comercio o para generar un impulso inicial de tipo industrial.

¿Qué puede decirse de los franceses? Trataron con excesiva intolerancia a sus protestantes. Tanto en lo político como en lo social eran extremadamente rígidos y se hallaban tabicados por una sociedad de clases y de castas. Según la tradición clásica los más preclaros espíritus y mentalidades de la Francia del siglo XVIII debían prestar más atención a la revolución política, social y religiosa que a los asuntos económicos. Por otra parte, los franceses estaban mezclados en intensas guerras territoriales europeas y defraudaron con su flota mercante y su armada de guerra cuando el importante momento histórico así lo requería.

Y así fue como Inglaterra, con mayor número de recursos básicos industriales que los Países Bajos, con más disidentes y más barcos que Francia, con su revolución política, social y religiosa finiquitada en 1688, era la única que se hallaba en situación de combinar la manufactura algodonera, la tecnología del carbón y del hierro, la máquina de vapor y una extensa red comercial exterior para dar salida a sus productos.

Sin embargo, los redactores del Manifiesto Comunista, 1848, contemplan el momento histórico del naci-

miento y desarrollo de la revolución industrial con otra óptica:

De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos de las primeras ciudades; a partir de esta clase urbana se desarrollaron los primeros elementos de la burguesía. El descubrimiento de América, la circunnavegación del Africa crearon nuevos terrenos para la burguesía en ascenso. Los mercados de las Indias Orientales y de la China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la incrementación de los medios de cambio y de las mer-

cancias en general proporcionaron al comercio, a la navegación y a la industria un auge jamás conocido, y con ello una rápida evolución al elemento revolucionario dentro de la sociedad feudal en desintegración.

Marx y Engels, como se ve desde el arranque de esta síntesis fundamental, no reconocen brechas ni cesuras en el proceso que lleva del feudalismo al mercantilismo primero y al industrialismo después. No analizan la máquina y la civilización industrial como reificaciones de la cultura material; prefieren estudiar el desarrollo de una clase dinámica en las ciudades (21), la burguesía, y los disposi-

tivos de orden económico y político que dicha burguesía instaura en su construcción del capitalismo. Vale la pena refrescar la memoria de los lectores con una transcripción amplia de este documento, cuyo poder pedagógico ha sido una y otra vez entenebrecido por las machaconas ramplonerías del marxismo vulgar o, si se quiere, "oficial", de la ortodoxia soviética.

La explotación feudal o gremial de la industria, imperante hasta entonces, ya no bastaba para satisfacer las necesidades crecientes con los nuevos mercados. Su lugar fue ocupado por la manufactura. Los maestros de los gremios fueron desplazados por la clase media industrial; la división del trabajo entre las diversas corporaciones desapareció ante la división del trabajo dentro del propio taller individual.

Pero los mercados crecían constantemente, la demanda aumentaba de continuo. Tampoco la manufactura resultaba ya suficiente. Entonces el vapor y la maquinaria revolucionaron la producción industrial. El lugar de la manufactura fue ocupado por la gran industria moderna y el de la clase media industrial por los millonarios industriales, los jefes de ejércitos industriales enteros, los burgueses modernos.

La gran industria ha instaurado el mercado mundial preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial ha dado origen a un desarrollo inconmensurable del comercio, la navegación y las comunicaciones terrestres. A su vez, este desarrollo ha repercutido sobre la expansión de la industria, y en la misma medida en que se expandían la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrolló la burguesía, incrementó sus capitales y relegó a un plano secundario a todas las clases heredadas de la Edad Media.

Vemos, pues, que la propia burguesía moderna es producto de un largo curso evolutivo, de una serie de revoluciones en los medios de producción y tráfico.

Cada una de estas etapas de la burguesía estuvo acompañada por un correspondiente progreso político. Clase oprimida bajo la dominación de los señores feudales; asociación armada y autogobernada en la comuna; en algunas partes república urbana independiente, en otras Tercer Estado tributario de la monarquía; luego, en tiempos de la manufactura, contrapeso de la nobleza en la monarquía feudal o en la absoluta; base fundamental de las grandes monarquías en general, desde la instauración de la gran industria y del mercado mundial conquistó finalmente la hegemonía política exclusiva en el

moderno estado representativo. El poder estatal moderno es solamente una comisión administradora de los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado un papel extremadamente revolucionario en la historia.

Dondequiera llegó al poder, la burguesía destruyó todas las condiciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha desgarrado despiadadamente todos los abigarrados lazos feudales que ligaban a los hombres sus superiores naturales, no dejando en pie, entre hombre y hombre, ningún otro vínculo que el interés desnudo, que el insensible "pago al contado". Ahogó el sagrado paroxismo del idealismo religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo pequeñoburgués, en las gélidas aguas del cálculo egoísta. Ha reducido la dignidad personal al valor de cambio, situando, en lugar de las incontables libertades estatuidas y bien conquistadas, una **única** desalmada libertad de comercio. En una palabra, ha sustituido la explotación disfrazada con ilusiones religiosas y políticas por la explotación franca, descarada, directa y escueta.

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las actividades que hasta el presente eran venerables y se contemplaban con piadoso respeto. Ha convertido en sus obreros asalariados al médico, al jurista, al cura, al poeta y al hombre de ciencia.

La burguesía ha arrancado a las relaciones familiares su velo emotivamente sentimental, reduciéndolas a meras relaciones dinerarias.

La burguesía ha develado que la brutal manifestación de fuerza que tanto admira la reacción en el Medioevo, tenía su complemento apropiado en la más indolente holgazanería. Sólo ella ha demostrado qué puede producir la actividad de los hombres. Ha llevado a cabo obras maravillosas totalmente diferentes a las pirámides egipcias, los acueductos romanos y las catedrales góticas, ha realizado campañas completamente distintas de las migraciones de pueblos y de las cruzadas.

La burguesía no puede existir sin revolucionar permanentemente los instrumentos de producción, vale decir las relaciones de producción y, por ende, todas las relaciones sociales. En cambio, la conservación inalterada del antiguo modo de producción era la condición primordial de la existencia de las clases industriales anteriores. El continuo trastocamiento de la producción, la conmoción ininterrumpida de todas las situaciones sociales, la eterna inseguridad y movilidad distingue la época burguesa de todas las demás. Todas las relaciones firmes y enmohecidas, con su secuela de ideas y conceptos venerados desde antiguo se disuelven, y todos los de formación reciente envejecen antes de poder osificarse. Todo lo estamental y estable se evapora, todo lo consagrado se desacraliza, y los hombres se ven finalmente obligados a contemplar con ojos desapasionados su posición frente a la vida, sus relaciones mutuas.

La necesidad de una venta cada vez más expandida de sus productos lanza a la burguesía a través de todo el orbe. Esta debe establecerse, instalarse y entablar vinculaciones por doquier.

En virtud de su explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado una conformación cosmopolita a la producción y al consumo.

Con gran pesar de los reaccionarios, ha sustraído el terreno de sustentación nacional bajo los pies de la industria. Las antiquísimas industrias nacionales han sido aniquiladas, y aún siguen siéndolo a diario. Son desplazadas por nuevas industrias, cuya instauración se convierte en una cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que no elaboran ya materias primas locales, sino otras provenientes de las zonas más distantes, y cuyos productos no se consumen ya sólo en el propio país, sino, en forma simultánea, en todos los continentes. El lugar de las antiguas necesidades, satisfechas por los productos regionales, se ve ocupado por otras nuevas, que requieren los productos de los países y los climas más remotos para su satisfacción. El sitio de la antigua autosuficiencia y aislamiento locales y nacionales se ve ocupado por un tráfico en todas direcciones, por una mutua dependencia general de las naciones. Y lo mismo que ocurre con la producción material ocurre así mismo en la producción intelectual. Los productos intelectuales de las diversas naciones se convierten en patrimonio común. La parcialidad y limitación nacionales se tornan cada vez más imposibles, y a partir de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Mediante el rápido mejoramiento de todos los instrumentos de producción y la infinita facilitación de las comunicaciones, la burguesía también arrastra hacia la civilización a las naciones más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada con la cual demuele todas las murallas chinas, con la cual obliga a capitular a la más obcecada xenofobia de los bárbaros. Obliga a todas las naciones a apropiarse del modo de producción de la burguesía, si es que no quieren sucumbir; las obliga a instaurar en su propio seno lo que ha dado en llamarse civilización, es decir, a convertirse en burguesas. En una palabra, crea un mundo a su propia imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo a la dominación de la ciudad. Ha creado ciudades enormes, ha incrementado en alto grado el número de la población urbana con relación a la rural, sustrayendo así a una considerable parte de la población al idiotismo de la vida rural. Así como ha hecho depender al campo de la ciudad, también ha hecho depender a los países bárbaros y semibárbaros de los civilizados, a los pueblos campesinos de los pueblos burgueses, y al Oriente del Occidente.

La burguesía va superando cada vez más la fragmentación de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado a la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en pocas manos. La consecuencia necesaria de ello ha sido la centralización política. Provincias independientes, apenas aliadas y con intereses, leyes, gobiernos y aranceles diferentes, han sido comprimidas para formar una nación, un gobierno, una ley, un interés nacional de clase y una línea aduanera. En su dominación de clase apenas secular, la burguesía ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. El sojuzgamiento de las fuerzas de la naturaleza, la maquinaria, la

aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, la urbanización de continentes enteros, la navegabilidad de los ríos, poblaciones íntegras como surgidas de la tierra: ¿qué siglo anterior sospechaba que dormitasen semejantes fuerzas productivas en el seno del trabajo social?

Esta pintura, admirada y entusiasta, de las conquistas de la burguesía, tienen aún vigencia. Pese a su estilo, más literario que panfletario, ofrece un dinámico resumen de los rasgos del capitalismo industrial, creador de una peculiar tecnología y no crea-

do por ella, como sostiene algunos deterministas contemporáneos. Pero las contradicciones laten en el seno de esta formación socioeconómica; una larva dialéctica crece en el interior de la expansión de su estilo productivo.

...Las relaciones burguesas de producción y tráfico, las relaciones burguesas de propiedad, la sociedad burguesa moderna que ha producido, como por arte de magia, medios de producción y tráfico tan ingentes, se asemeja al hechicero que ya no logra dominar las fuerzas subterráneas que ha conjurado. Desde hace décadas, la historia de la industria y del comercio es sólo la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las relaciones de propiedad que constituyen las condiciones existenciales de la burguesía y su dominación. Basta citar las crisis comerciales que, con su recurrencia periódica, cuestionan en forma cada vez más amenazadora la existencia de la sociedad burguesa toda. En las crisis comerciales se destruye regularmente gran parte no sólo de los productos engendrados, sino de las fuerzas productivas ya creadas. En las crisis estalla una epidemia social que en todas las épocas anteriores hubiese parecido un contrasentido: la epidemia de la superproducción. Súbitamente, la sociedad se halla retrotraída a una situación de barbarie momentánea; una hambruna, una guerra de exterminio generalizada parece haberle cortado todos sus medios de subsistencia; la industria, el comercio, parecen aniquilados. ¿Y ello por qué? Porque posee demasiada civilización, demasiados medios de subsistencia, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone ya no sirven al fomento de las relaciones de propiedad burguesas; por el contrario, se han tornado demasiado poderosas para estas relaciones, y éstas las inhiben; y en cuanto superan esa inhibición, ponen en desorden toda la sociedad burguesa, ponen en peligro la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas se han tornado demasiado estrechas como para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿De qué manera supera la burguesía las crisis? Por una parte, mediante la destrucción forzada de fuerzas productivas; por la otra, mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más a fondo de los mercados viejos. ¿De qué manera, pues? Las supera preparando crisis más extensas y violentas y reduciendo los medios para prevenir las crisis.

Las armas con que la burguesía ha abatido el feudalismo, se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no sólo ha forjado las armas que le darán muerte; también ha engendrado a los hombres que manejarán esas armas: los obreros modernos, los **proletarios**.

Este gran fresco, este vívido es-corzo, válido para caracterizar una época desde un peculiar punto de vista, sirve como una interpretación no sistemática de la revolución industrial, pero falta en él la descripción de los mecanismos que la hicieron posible y falta también, por motivos cronológicos, la dinámica de su desarrollo nunca detenido. En efecto, la revolución industrial engendró una modalidad productiva que atravesó las fronteras de los estados socialistas del siglo XX convirtiendo a los antiguos proletarios (22) en los amos de una tecnología maquinista tan poderosa como la de los antiguos bur-gueses.

La revolución industrial nacida en Inglaterra fue posible gracias a una revolución agrícola operada previamente en el área rural.

La mayoría de los historiadores de la revolución industrial conceden a la racionalidad de los inventos mecánicos y a la organización de las factorías humanas el **take off** que la hizo posible. Pero hay otros, y con ellos coincido, que opinan, basados en argumentos valederos, que una serie de episodios vinculados con la veloz transformación del agro inglés fueron los antecedentes de la revolución industrial. Un análisis de las estructuras profundas tal vez nos haría comprender que hubo una fase rural y otra fase urbana, y que ambas estuvieron en íntima relación, dentro de un mismo proceso. Lo que resulta indudable es que la fase rural se inició con el siglo XVIII y la urbana a mediados del mismo.

Los autores que desarrollan la tesis de una previa revolución agrícola son fundamentalmente franceses. MANTOUX, 1959, BAIROCH, 1963 y NIVEAU, 1966, manejan una documen-

tación que permite establecer dos aspectos complementarios, el estructural y el tecnológico, en la "revolución" operada en los campos ingleses.

El aspecto estructural tiene que ver con la evolución de la propiedad de la tierra, con la tenencia agrícola.

Durante el siglo XV el campo inglés estaba poblado por pequeños cultivadores surgidos luego de la liquidación del régimen feudal, que en Inglaterra tuvo muy especiales caracteres (ERNLE, 1953). Es decir, la propiedad de la tierra, la nuda propiedad, estaba en manos de los **landlords**, pero el usufructo de la misma —valgan estas figuras jurídicas como símiles— lo disfrutaban generación tras generación los campesinos económicamente independientes, los **yeomen**.

Cuando las fábricas de hilados de Flandes, que por ese entonces tenía más poder económico que Inglaterra, requirieron mayores cantidades de lana ovina, los landlords convirtieron a sus ovejas, según la metáfora de Thomas Moro en su **Utopía**, 1516, en comedoras de hombres, esto es, en lobos. Extendieron las pasturas para criar sus ovejas, las cercaron con **enclosures** y echaron a los campesinos de sus pequeñas parcelas. Los pastos sustituyeron a los cereales y los "comidos" por las ovejas se transformaron en vagabundos rurales primero y en marginales urbanos después.

El proceso del cercamiento fue largo: se extendió durante tres siglos. Pero no sólo barrió con los **yeomen** sino que también se hizo sentir entre los **cottagers**, los "toderos" de entonces, que hacían pastar sus escasos ganados en las tierras comunes y constituían algo así como un ejército

de braceros y trabajadores a domicilio. De los **cottagers** saldrían los tejedores que, a su vez, al multiplicarse, exigirían más lana y por lo tanto más cercamientos, más expulsiones, más éxodo rural.

La legislación, por su parte, en manos de las clases dirigentes que controlaban el Parlamento, se encargaba de fabricar sentencias de cercamiento a tal punto que en el siglo XVIII se emitieron 1.700. Las cifras estadísticas, ya buenas por ese entonces, proporcionan los índices del vaciamiento de los campos en cien años: entre 1700 y 1800 la población activa rural bajó del 70% sobre la población activa del país a un 37%. El vagabundeo y pulular de los desalojados recibió una peculiar interpretación ideológica por parte de los causantes de su estado. Fueron considerados "delincuentes voluntarios" y se les castigó muy duramente. Ya en el siglo XVI y principios del XVII se hacían verdaderas hecatombes de "grandes y pequeños ladrones", de vagabundos y mendigos, salidos todos de los minifundios que devoraba progresivamente la gran propiedad pecuaria. **Pecus**, oveja, designa genéricamente a la riqueza ganadera; en Inglaterra el significado original volvía ser el correcto. También conviene recordar que **pecunia**, **pecuniario** deriva de **pecus**; en este caso ambos significados, el estricto y el lato, van juntos.

El aspecto tecnológico de la transformación del agro inglés está vinculado con fenómenos exógenos y endógenos.

Las causas exógenas radican en la emigración masiva de protestantes flamencos a Inglaterra expulsados por la "furia" española. Los historiadores señalan con razón que los campos holandeses eran un modelo de desa-

rollo agrario pero, a mi juicio, erran cuando atribuyen a la presión demográfica el preciosismo de la agricultura flamenca. Como lo ha demostrado BOSERUP, 1965, el factor demográfico "puede ser", en determinadas condiciones históricas y culturales, un efectivo impulsor del desarrollo agrícola. Pero en los Países Bajos no sólo fueron los factores demográficos los responsables de su agricultura ejemplar. Hubo un suceso que constituyó una especie de **fiat lux**, o mejor, un desafío cuya superación era cosa de vida o muerte.

No es este lugar para hacer la historia completa. Pero el caso es que las morenas terminales de la última glaciación se depositaron a modo de barrera en lo que iban a ser las costas de Holanda cuando el Mar del Norte recuperara sus niveles luego del derretimiento de los hielos. Tras esa barrera de dunas se extendía una depresión, un "país hueco" —eso es lo que quiere decir **Holand**— donde la agricultura de la Alta Edad Media, con todos los aspectos deficitarios que la caracterizaba, daba de comer a una ingente población rural. A partir del año 1000 el empeoramiento del clima provocó grandes tempestades que al fin perforaron la barrera de dunas y el mar anegó los cultivos, ahogó los ganados y produjo también una gran mortandad de hombres. Para sobrevivir era necesario reconquistar el terreno ganado por el mar: "lucho y emerjo" es el lema del escudo holandés. Y para ello aparece por el siglo XII el molino de viento venido desde Irán, cuya misión era extraer el agua marina depositada en los **polders**. Resultaba imprescindible, además, desalinizar las tierras, abonarlas, revivirlas, devolverlas al ciclo del sol y la clorofila. Surgió entonces una ciencia agronómica **avant la lette**, que

comprendía la bonificación de los suelos, la adecuación de los abonos, la manipulación genética de las simientes, etc. Son esos agrónomos empíricos pero experimentados quienes, bajo el azote de los "tercios" de Flandes, cruzan el Mar del Norte y se establecen en la **res nullius** de los pantanos ingleses, donde la tierra era barata y despreciada.

Claro que con esto no alcanzó para la transformación de la agricultura inglesa, íntimamente vinculada con la industria de hilados y tejidos. Los terratenientes aprenden por otros caminos la lección holandesa. Por ejemplo, en el área de Norfolk, donde existían grandes extensiones de fundos en muy pocas manos, las enseñanzas de Lord Townshend, que había sido embajador en Holanda y supo viajar por los **polders** con los ojos abiertos, abrieron las puertas a la tecnificación agrícola. Surge así el "sistema de Norfolk" que en treinta años de aplicación multiplica por diez el valor de las tierras. Otros pioneros se suman a la legión de **gentlemen farmers** que inauguran un nuevo estilo de trabajo y de vida, que modernizan la vida rural al tiempo que fundan en sus grandes mansiones una aristocracia emprendedora, enemiga del ocio, favorable a las innovaciones, emisaria, en fin, del mensaje tecnológico de las ciudades.

Los datos existentes son de singular elocuencia: entre 1700 y 1800 aumenta la productividad agrícola en un 90%; en el mismo lapso el peso de un buey pasa de 370 a 800 libras.

La economía campesina, cuya caracterización por CHAIANOV, 1923, y WOLF, 1966, ha sido exhaustiva, era la que imperaba en el agro inglés a comienzos del siglo XVIII sólo lo era capaz de producir un 25% o menos de

excedentes para llevar al mercado local. Cinco decenios bastaron para hacer saltar el cerrojo de ese fatídico 25% y elevarlo a un 50%, convirtiéndola así en una economía de empresarios rurales, en una fábrica **out door**.

El sistema de la nueva agricultura, basado en la capitalización de una clase terrateniente emprendedora—capitalización cuyas raíces se hunden mucho más hondamente en los territorios coloniales que en el suelo británico, como veremos de inmediato—apelaba a una serie de prácticas verdaderamente revolucionarias.

El proceso revolucionario de la agricultura inglesa obedece a una serie interrelacionada de innovaciones en la tenencia de la tierra y en las prácticas laborales que hicieron desarrollar velozmente la producción de alimentos y el volumen de la población.

BAIROCH, 1971, en otro de sus estudios sobre el tema, efectúa un inventario de la transformación del agro inglés, cuyos lineamientos generales seguiremos.

Bairoch destaca al pasar, aunque no con el suficiente énfasis, la desaparición de la servidumbre desde una época bastante temprana y el efecto de las **enclosures** sobre la propiedad individual atomizada y las tipologías casi colectivas de trabajo. Dichos procesos, en realidad, son los fundamentales. Claro que en su desarrollo intervienen factores técnicos, pero éstos se hallan íntimamente relacionados con la previa existencia de un capital y la generación de un espacio agrícola susceptible de trabajar con otras metodologías y otras expectativas de mercado.

Las innovaciones son las siguientes:

1º Sustitución del barbecho por la rotación de cultivos. El barbecho bienal o trienal, aplicado en distintas zonas culturales de Europa —la de influencia germánica es trienal, la de influencia romana es bienal— y vigente en la Edad Media inglesa, condenaba al descanso forzoso grandes superficies de terreno cultivable para acumular en ellas abono orgánico vegetal y reciclar los nutrientes minerales del suelo. Dicha práctica es sustituida por la rotación de cultivos con distintos requerimientos de elementos químicos y el empleo abundante de estiércol. La granja, o mejor, le **mixed farming**, es precisamente eso: el diálogo ecológico entre la agricultura y la ganadería, racionalmente moderado por el **farmer**.

2º Se introducen y expanden nuevos cultivos que, además de nutrir a los hombres, son aptos para realizar la generación de suelos y requerirlos alternativamente. Aparecen las forrajeras para la ganadería, la cual conocerá a partir de ese entonces las praderas artificiales y el manejo alterno de potreros. Comienza a cultivarse intensamente el trébol, la colza, el rábano, el nabo, el lúpulo, el alforfón, las coles, la zanahoria y el maíz. La papa es el más importante legado del pirata Sir Francis Drake, que la trajo de las costas chilenas, comienza recién su ciclo de gran cultivo y ayuda a sobrevivir a los expoliados campesinos irlandeses (que nada tuvieron que ver con la revolución agrícola pero sí con el terratenentismo inglés y el futuro proletariado industrial).

3º Los aperos tradicionales de la agricultura son perfeccionados y se

introducen otros nuevos. La azada es sustituida por el arado que, merced a una bien diseñada reja de hierro, penetra hasta 25 cms. en la tierra; la guadaña remplaza a la hoz; la siembra a voleo de la simiente da paso a las primeras máquinas sembradoras.

4º Se perfeccionan la zootecnia y la fitotecnia. Mejora en todo sentido la cría de ganado menor (ovinos, suidos) y se diversifican las aptitudes del ganado mayor (leche, carne, doble propósito). El perfeccionamiento de las simientes permite mayor productividad por hectárea y la ocupación de tierras sin vocación agrícola tradicional.

5º Aumenta la superficie cultivable y se la mejora mediante el drenaje, la desecación y la introducción de abonos minerales.

6º El caballo desplaza al buey en la tracción del arado y se obtiene así una mayor área roturada por día de labor.

7º Sobre las anteriores bases se introduce un segundo paquete de innovaciones: máquinas sembradoras y cosechadoras, tracción no animal y abonos químicos. Pero para ese entonces ya está en marcha la revolución industrial **stricto sensu**.

Aprovechando el camino abierto por la transformación del agro inglés se articulan las conquistas de la industria urbana. Dicho paso no hubiera sido posible sin la previa existencia de un modo de producción, el capitalista. Como ha expresado HOBBS-BAWM, 1961, contestando a los que eluden hablar de una revolución pues prefieren el concepto de evolución acelerada, la R.L.

no es un problema general sino un problema específico y ello por tres motivos: 1) es el problema de un país individual en una situación particular; 2) no es sólo el problema del "desarrollo económico" sino además del "despegue" imprevisto y revolucionario; 3) no es ya el problema de una revolución industrial en condiciones sociales **indefinidas**, sino en las condiciones sociales del capitalismo.

No hay que pensar, por lo tanto, en un inevitable fenómeno de "combustión espontánea" que se dio en la Inglaterra del siglo XVIII como podría darse en cualquiera de las naciones en carrera hacia el desarrollo, tal cual sostiene Rostow. También hay que descartar, como lo hace Mantoux, un estallido tecnológico; hacia el 1700 el repertorio de las técnicas existentes estaba a la mano para proporcionar las modestas "innovaciones" que utilizaron y perfeccionaron diestros artesanos a los efectos de poner a punto las factorías y su anárquica mano de obra. Debe, además, dejarse de lado el prejuicio del complejo sistémico que, una vez dado, es susceptible de engendrar el **take off** mediante las interrelaciones de la explosión demográfica nacional, la incrementación y extensión del intercambio comercial, la acumulación (o atesoramiento) de capitales, la organización y orden en la economía y un ambiente social propicio.

Marx había introducido otro factor digno de consideración, como el del saqueo a las colonias, en particular la India, de la cual, entre 1757 y 1857, los ingleses "extrajeron" más de mil millones de libras esterlinas. Dicho factor es importante pero no suficien-

te. España, que succionó sin misericordia sus colonias de América, no tuvo ni asomos de revolución industrial y perseveró en el desarrollo de una nobleza soberbia y holgazana.

El telón de fondo de este singular proceso es una coyuntura histórica en el desarrollo del capitalismo. No sería correcto hablar de azar; sí, de una causalidad específica, de una conjunción de elementos constelados en derredor de un doble juego comercial llevado a cabo mediante la ampliación del mercado interno y la progresiva conquista del mercado mundial.

Antes de proseguir conviene, siquiera por un elemental formalismo, pedir al lector que nos acompañe a pasar revista a los caracteres del modo de producción capitalista. Son muchos los resúmenes a los que podemos echar mano, e incluso intentar uno de inspiración personal. Pero hay que evitar los matices evaluativos y recurrir a una sobria enumeración de elementos.

BARNES, 1944, sin mayor sutileza pero con el propósito de aislar sus "atributos fundamentales" lo caracteriza así:

- 1) Búsqueda del beneficio particular con preferencia al servicio de la comunidad;
- 2) Economía monetaria y valorización del rango y el éxito sociales en términos de dinero;
- 3) Estimación de géneros y servicios en términos de precios determinados en el mercado libre por la oferta y la demanda, más que por consideraciones de justicia o valor intrínseco;
- 4) Acumulación de grandes cantidades de dinero para su inversión en empresas de negocios;
- 5) Existencia de un mercado libre para la venta de las mercancías;
- 6) Pre-

sencia de un mercado suficiente del trabajo donde procurarse los trabajadores necesarios; 7) Sistema de crédito adecuado a las necesidades de la época; 8) Desenvolvimiento completo de la vida comercial e industrial.

Ampliamente considerado, el propósito del capitalismo es la obtención de la mayor cantidad posible de beneficios. su método, la libre competencia; su espíritu, la iniciativa privada.

Los aspectos silenciados en este inventario son los de condición obrera y la explotación de la "fuerza de trabajo" (desigualdad, plusvalía, alienación, etc.).

Por su parte MACPHERSON, 1962, al enumerar los rasgos de "la sociedad posesiva de mercado" abstrae aún más los elementos trasladando el punto de vista de lo económico a lo social y político:

- a) No hay una asignación autoritaria del trabajo;
- b) No existe una asignación autoritaria de compensaciones por el trabajo;
- c) Hay una definición de los contratos y una imposición de su ejecución por parte de la autoridad;
- d) Todos los individuos tratan racionalmente de elevar al máximo sus ganancias.
- e) La capacidad para trabajar de cada individuo es propiedad alineable suya;
- f) La tierra y los recursos son propiedad alienable de los individuos;
- g) Algunos individuos desean un nivel de ingresos o de poder superiores al que poseen.
- h) Algunos individuos tienen más energía, capacidad o bienes que otros;

El mercado es el mecanismo a través del cual se forman los precios... El intercambio de mercancías a través del mecanismo de formación de precios del mercado impregna las relaciones entre los individuos pues en este mercado todas las posesiones, incluyendo las energías de los hombres, son mercancías.

Hay muchas otras caracterizaciones del capitalismo. Todo el marxismo, desde su comienzo, es, en la teoría, una meditación crítica sobre el capital y, en la práctica, una larga estrategia con diversas tácticas coyunturales para sustituir el modo de producción capitalista por el socialista. La sociedad industrial y el armamentismo, expandidos a y adoptados por los países socialistas, se han encargado de dar otros rumbos a las

prospectivas entusiastas y humanistas de Marx y sus seguidores. También el neocapitalismo ha procurado tapar con un manto retórico los episodios escándalos de la cruel explotación a los obreros durante los siglos XVIII a XIX y el robo a las colonias prolongado hoy por las exacciones al Tercer Mundo.

Volviendo al proceso de la revolución industrial en Inglaterra retoma-

mos el hilo en la plenitud del siglo XVIII, cuando la revolución agrícola libera velozmente las futuras manos que utilizarían las fábricas y talleres.

Uno de los efectos notorios del aumento de alimentos provocado por las nuevas tecnologías agrícolas fue el salto adelante dado por la población. Entre 1700 y 1800 la población de Inglaterra y el País de Gales pasó de 5.800.000 a 9.100.000 de habitantes.

Durante los primeros cuarenta años del siglo XVIII la población no había crecido; los datos disponibles indican incluso algún retroceso en ciertos períodos. Es a partir de 1750, en plena revolución agrícola, que se inicia la explosión demográfica. En el período 1701-1750 la tasa de natalidad era del 33,9 por mil; entre 1780 y 1800 dicha tasa salta al 37,7 por mil. De igual modo la tasa de mortalidad desciende del 33 por mil al 22,5 por mil en el mismo lapso. Otro cálculo, más espectacular, demuestra que entre 1630 y 1740 el incremento demográfico fue de un 8-10% mientras que en el período 1740-1850 llega al 150%.

La demanda de ropa para la creciente población, la rigidez de la producción de la lana, la existencia de un imperio colonial proveedor de materia prima y la facilidad de trabajo de la fibra de algodón, determinan que la industria textil (dentro de la cual el algodón ocupa un alto porcentaje) sea el temprano motor de la R.I.

La revolución agrícola exige, además, la activación de la siderurgia. La maquinaria agrícola, los aperos, la enorme demanda de herraduras para los caballos (un 15% de la producción total de hierro en 1760) y la necesidad de renovar periódicamente

las piezas desgastadas, provoca una serie de exigencias en la extracción y procesamiento del hierro. Debe pensarse también que dichas exigencias requerían una paralela organización de la industria la cual, contrariamente a lo que podría suponerse, fue financiada y organizada por antiguos agricultores siguiendo patrones muy distantes a los de la contemporánea eficiencia fabril.

Nuestro próximo paso será el análisis de este despertar de la industria con sus consiguientes innovaciones técnicas y sus impactos en la sociedad y la cultura. Pero antes, y para terminar con la primera parte de nuestro estudio, veamos como DOBB, 1969, resume las condiciones cuyo entrecruzamiento da lugar a la aparición de la R.I. y sus distintas etapas.

En primer lugar aparecen: a) la maduración de las relaciones capitalistas en la agricultura; b) el surgimiento de una clase de granjeros prósperos que cultivaban sus tierras empleando nuevas tecnologías y mano de obra asalariada; c) un proceso de concentración progresiva de la tierra durante los siglos XVII y XVIII; d) la expansión del mercado interno, ayudada por la construcción de carreteras y canales a mediados del siglo XVIII; e) el incremento demográfico, que contribuye a formar un proletariado inexistente dos siglos antes. De tal modo "el trabajo se hizo suficientemente abundante como para facilitar la inversión en la producción fabril, pero no lo suficientemente barato como para ahogar los incentivos a introducir técnicas ahorradoras de trabajo".

En segundo lugar, durante los siglos XVII y XVIII se había desarrollado una vasta industria artesanal

—el trabajo domiciliario— basada en las relaciones del trabajo asalariado con el capital. "Alimentada por el capitalismo incipiente de la industria artesana surgió una multitud de pequeños empresarios ambiciosos que poseían iniciativa, gran inclinación hacia la producción y pequeños o medianos capitales, así como suficientes contactos comerciales como para completar su propio capital con crédito proveniente de los comerciantes".

En tercer lugar, el mercado interno en constante ampliación es complementado por el rápido incremento del comercio de exportación durante el siglo XVIII. Inglaterra ha desplazado

en este momento a Holanda y Francia de sus posiciones de privilegio en el siglo XVII y, aunque "la camisa de fuerza" de las regulaciones mercantilistas fueron un obstáculo para la expansión del comercio, el diálogo comercio-producción redundó favorablemente en la expansión de ambos.

Las condiciones están ya maduras para que en poco tiempo y con inusitada fuerza se desencadene la R.I., la cual daría lugar al sistema industrial o, mejor, a la civilización industrial que analizamos en el próximo ensayo, cuyos frutos epilógicos son las crisis cada vez más profundas y desquiciantes que conmueven las postriemerías del siglo XX.

NOTAS

1. La Edad de Hierro tiene en este poeta rural de Beocia un sentido directo y otro metafórico. El hierro, el "metal democrático", llegó a Grecia en el tiempo de la invasión de los dorios —y no con ellos como se ha sostenido comúnmente— desde el Asia Menor, alrededor de 1100 años a.J.C. La entrada a sangre y fuego de los dorios inauguró una época turbulenta denominada los "años oscuros" o Edad Media griega. La crisis del orden micénico y el asentamiento de los conquistadores de rubias cabelleras dan lugar a un período convulso, de naufragio cultural, de ruina social, de cataclismo político. Hesiodo, que escribió *Los Trabajos* y *los Días (Erga kai Hemerai)* ocho siglos antes de nuestra era, pergeña una pesimista filosofía de la historia, inspirada en las calamidades humanas de su tiempo y el inmediatamente anterior. El mito de las Cinco Edades es como una escalera que desciende de la luz a las tinieblas. Parte de un Paraíso arcaico y desemboca en la desdicha cotidiana de una intemperie social generada por la pérdida —siempre hay un Paraíso Perdido en la evocación de los orígenes humanos—

del Edén primigenio. Las Edades de la Decadencia son la de Oro, la de Plata, la de Bronce, la de los Semidioses y la del Hierro. En esta última y perversa edad, la contemporánea a Hesiodo, los hombres no cesan de "estar abrumados por trabajos y miserias durante el día ni de ser corrompidos durante la noche". Es la edad de la guerra, de la violencia desmesurada, de la **hybris** en suma: "el uno saqueará la ciudad del otro. No habrá ninguna piedad, ninguna justicia ni buenas acciones sino que se respetará tan solo al hombre violento e inicuo... y los dolores se quedarán entre los mortales y ya no habrá remedio para su males". Como se ve, aún perseveramos en la Edad del Hierro.

2. La caracterización de los tipos de duración de la historia tiene dos vertientes. Una es la de la aceleración de la historia: la historia actual "se mueve" con mayor velocidad —y publicidad ecuménica— que la romana o la del siglo XVIII. J. Michelet, al prologar su *Histoire du XIX siècle* (1872), señala dicha aceleración sin someter el fenómeno a ningún tipo de análisis conceptual. Pocos

años después J. Burckhardt, en el cap. IV de su famosa **Weltgeschichtliche Betrachtungen** (1905), habla de "procesos acelerados" cuando trata de las crisis. A partir de ambos autores el tema reaparece una y otra vez en el pensamiento de ciertos historiadores. Ver J. L. García Venturino, **Ante el fin de la historia**, Troquel, Buenos Aires, 1968. Datos de interés en P. Betaux, **La mutation humaine**, Payot, París 1964. La otra vertiente es la de los tipos de duración de ciertos procesos —corta, media, larga— analizados por F. Braudel, especialmente en su obra **La Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II**, A. Colin, París, 1966 (Hay traducción al español en el F.C.E., México, 1976).

3. Etimológicamente civilización significa cultura de las ciudades. En francés civilización y cultura son sinónimos; en alemán, la cultura califica los productos espirituales de la humanidad (arte, religión, derecho, etc.) y la civilización los productos materiales (técnicas maquinistas, industrias, etc.). Según Durkheim y Mauss una civilización abarca un conjunto de culturas con cierto aire de familia: la civilización occidental, la oriental, etc. Para Spengler la civilización es la cultura fosilizada, sin capacidad creadora. Se trata de un producto terminal, constituye el "invierno" de una forma orgánicaazonada por la historia. Una acepción del concepto, que lo ubica en el reino de los valores y lo sustrae al de los hechos, es la de Bastide: "denominamos civilización, o mejor actividad civilizadora a aquella orientación de la actividad humana socialmente considerada en el sentido de aumento de la moralidad, es decir, en el de una mayor autocomprensión de la especie humana...".

4. Se trata de las industrias de guijarros tallados uniobifacialmente que acompañan los restos de los australopithecinos africanos.

5. El concepto de progreso, firme y relevante en la mentalidad europea hasta la guerra mundial de 1914-1918, ha sufrido una serie de críticas a lo largo de la época perturbada

que vivimos a partir de entonces. Un buen estudio de las doctrinas del progreso, "hijas de la modernidad", puede hallarse en J. Bury, **La idea del progreso**, Alianza, Madrid, 1971, y Ch. van Doren, **The Idea of Progress**, Praeger, New York, 1967. Otra visión, aún no desencantada pero ya crítica, es la de G. Friedmann, **La crisis del progreso**, Laia, Barcelona, 1977. Los puntos de vista pesimistas han sido expresados por Sorel y Aron en libros de título casi semejante (**Las ilusiones del progreso**, **Progreso y desilusión**). Es semejante la actitud de F. de Closets, **Peligro en el progreso**, Plaza y Janés, Barcelona, 1971, cuyo cap. II está dedicado a la "Aceleración de la historia".

6. Para el análisis de esta concepción circular del tiempo debe consultarse obligatoriamente el estudio de M. Eliade, **El mito del eterno retorno**, Alianza, Madrid, 1972. Sobre la reaparición de dicho mito en el pensamiento filosófico e histórico posteriores a la primavera del pensamiento, hay muy inteligentes planteamientos en K. Lowith, **El sentido de la historia**, Aguilar, Madrid, 1956.

7. Acerca de los estoicos, cuya física, estudiada por S. Samburs, **The Physical World of the Greeks**, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1955, es hoy reexaminada con significativa insistencia, hay una buena bibliografía en español: A. Long, **La filosofía helenística**, Rev. de Occidente, Madrid, 1977; R. M. Wenley, **El estoicismo y su influencia**, Nova, Buenos Aires, 1948; P. Bart, **Los estoicos**, Rev. de Occidente, Madrid, 1930; E. Elorduy, **El estoicismo**, Bien Hispánica de Filosofía, Madrid, 1972; G. Puente Ojea, **Ideología e historia; El fenómeno estoico en la sociedad antigua**, Siglo XXI, Madrid, 1974.

8. La **epojé** de los escépticos, en particular la de Pirrón, que no duda ni afirma nada, que no acepta ni contradice, busca la paz, la imperturbabilidad del espíritu. Ver al respecto V. Brochard, **Los escépticos magos**, Losada, Buenos Aires, 1945.

9. La Edad de Oro es un antiquísimo mito, tal vez neolítico, expedido por todo el

mundo. Algunos antropólogos se inclinan a pensar que en ella se evoca el período histórico de la recolección y la caza, antes que surgieran, con la agricultura, la propiedad de la tierra y la desigualdad entre los hombres. Todas las Edades de Oro (la griega, la china, etc.) coinciden en que dicho tiempo primitivo está libre de la enfermedad, de la guerra, de la violencia, del duro trabajo, del desarraigo, de la explotación del hombre por el hombre. Sobre la Edad de Oro entre los chinos consultar R. Dubos, **El espejismo de la salud**, F.C.E., México, 1975. Los caracteres de la Edad de Oro entre los griegos se definen en Hesiodo, **Los Trabajos y los Días**. Las ideologías del progreso arrancan la Edad de Oro de los orígenes y la proyectan al porvenir.

10. Sobre la singular figura de este mítico y milenarista consultar el citado libro de Lowith, Cap. VIII, y G. Uscatescu, **Utopía y plenitud histórica**, Guadarrama, Madrid, 1963, Cap. III (Los sueños de Gioacchino Da Fiore).

11. Ver S. Morley, **La civilización maya**, F.C.E., México, 1972. El cap. XII, dedicado a la escritura jeroglífica, la aritmética y la astronomía, ofrece un buen resumen de la concepción cíclica de la creación y la destrucción cósmicas.

12. Acerca de este tema conviene consultar la bibliografía que ofrece R.M. Agoglija en las páginas finales de su libro **Conciencia histórica y tiempo histórico**, Universidad Católica, Quito, 1980 (pp. 189-214).

13. Las diversas definiciones de cultura han sido analizadas y catalogadas, en un trabajo ya famoso, por C. Kluckhohn y A.L. Kroeber, **Culture A. Critical Review of Concepts and Definitions**, Vintage Books, New York, 1963. El concepto elitista de cultura la equipara sin más con la cultura de las clases superiores; de este modo un campesino es un "inculto", un indígena "un inculto", etc. Pues cultura significa, en tal sentido aristocratizante, conocer el nombre del autor de **Le rouge et le noir**, saber quien era Watteau,

decir dónde se encuentra y cómo es el templo de Poestum, recordar a quién dedicó Beethoven su Tercera Sinfonía, etc. Arte, religión, altas esferas de la ética, etc. constituyen el dominio de esta "cultura", que solo pertenece a unos pocos. Tal criterio, que nada tiene de científico y sí mucho de ideológico, predomina en vastos sectores de las clases que a sí mismas se denominan "cultas".

14. El término **intelligentsia** aparece en la literatura rusa del siglo XIX y principios del XX. Se trata de los intelectuales liberales, teóricos, que forman una especie de casta en la sociedad. Por extensión el vocablo abarcó luego a los intelectuales socialistas. Un desarrollo no marxista de la génesis y evolución de la **intelligentsia** rusa se halla en D. Chizhevski, **Historia del espíritu ruso**, Alianza, Madrid, 1967 (capítulos 3, 4 y 5 del segundo tomo).

15. Este término fue utilizado en un libro homónimo por C. Wright Mills (La **élite del poder**, F.C.E., México, 1964) para caracterizar a los dueños del poder político. Entre ellos, en especial relación dialéctica con la moderna cúpula señorial, figuran los intelectuales del "establecimiento", cuyo coeficiente fidelidad-infidelidad corre parejo con el dilema racionalidad-irracionalidad. La síntesis total del poder del otro opera en ellos —que lo admiran y necesitan— como la gran catarsis dispensadora.

16. Se ha hecho famosa la frase de San Agustín sobre el "ser" del tiempo: "¿Qué es el tiempo? Cuando no me lo preguntan, lo sé; pero cuando me lo preguntan ya no lo sé". Vale la pena volver a los capítulos X y XII de sus confesiones para advertir la contemporaneidad de una reflexión siempre vigente, (o el arcaísmo de lo que nosotros calificamos como **dernier cri**?).

17. El proceso de descolonización está resumido muy concisamente en Claude-Albert Colliard, **Instituciones de relaciones internacionales**, F.C.E. México, 1977 (pp. 76-77). Un más amplio tratamiento existe en Jean-Louis

Miege, **Expansión europea y descolonización de 1870 a nuestros días**, Labor, Barcelona, 1975 (capítulos VI, VII y VIII).

18. Sobre el Fausto Francés, como le llamara M. Dondo, existe una extensa bibliografía. Pero quizás más interesante que la obra de este filósofo del industrialismo resulta la progenie por aquella engendrada. Recomiendo vivamente la lectura de un provocativo estudio de S. Charlety, **Histoire du Saint-Simonisme**, Gonthier, París, 1964 (hay una traducción reciente en Alianza, Madrid) donde la figura del "Padre" Enfantin —personaje extraño y visionario como pocos— se "roba" la atención del lector.

19. El término fue también utilizado por John Stuar Mill en sus **Principios de Economía Política**, 1848, traducidos al español, en F.C.E., México, 1941 —y varias reimpresiones— y Karl Marx, *El Capital*, 1867-1894, cap. XV.

20. En arqueología prehistórica se conoce como industria la implantación de una morfología lítica con gran cantidad de piezas se-

mejantes en su factura y con una gran extensión geográfica. Una industria es la solutrense, por ejemplo, cuyas "hojas de laurel", caracterizan el estilo de una larga época.

21. **Burg**, en alemán medieval significaba ciudad. Los habitantes de esos burgos son los burgueses; es decir, los ciudadanos.

22. **Proletarius**, en latín, era aquel que tenía una gran prole, una gran cantidad de hijos. La connotación del proletario decimonónico es completamente distinta, ya en lo social, ya en lo político.

23. El mercantilismo, en últimas, ha de interpretarse como una reacción antifeudal. El Estado debe intervenir para romper las barreras que los señores y barones imponían al comercio; el Estado debe proteger y reglamentar dicho comercio. Eso es lo fundamental, y no lo accesorio que se considera fundamental, a saber: vender antes que comprar, desestimar los bienes, acumular dinero y castigar la usura. Se confundió siempre metalismo con mercantilismo: van juntos, sí, pero aquel es la parte y éste el todo.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- ANDERSON, P. **Lineages of the Absolutist State**. N.L.B., London, 1974. [El Estado Absolutista. Siglo XXI, Madrid, 1979].
- ASHTON, T.S. **The Industrial Revolution, 1760-1830**. Oxford University Press, 1948. [La Revolución Industrial. F.C.E., México, 1950].
- BAIROCH, P. **Révolution industrielle et sous-développement**. Societé d'Édition d'Enseignement Supérieur, París, 1963. [Revolución Industrial y Subdesarrollo. Siglo XXI, México, 1967].
- BAIROCH, P. **Le Tiers-Monde dans l'impasse. Le démarrage économique du XVIIIe au XXe siècle**. Gallimard. París, 1971. [El Tercer Mundo en la encrucijada. El despegue económico desde el siglo XVIII al XX. Alianza, Madrid, 1973].
- BARNES, H.E. **An Economic History of the Western World**. Harcourt, Brace and Co., New York, 1944. [Historia de la economía del mundo occidental. UTEHA, México, 1955].
- BERGSON, H. **Les deux sources de la morale et de la religion**. Félix Alcan, París, 1932.
- BOLZAN, J.E. **El tiempo de las cosas y el hombre**. Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1965.
- BRAUDEL, F. **Civilisation materielle et capitalisme. XV-XVIIe siècle**. [Civilización material y capitalismo. Labor, Barcelona, 1974].
- CONTENAU, G. **La civilisation d'Assur et de Babylone**. Payot, París, 1951.
- COOK, E. El flujo de energía en una sociedad industrial. en **La Energía (Scientific American)**, pp. 174-195, Alianza, Madrid, 1971.
- COON, C. **The Story of Man**. Alfred Knopf, New York, 1965. [La historia del hombre. Desde los orígenes de la humanidad a nuestros días. Guadarrama, Madrid, 1968].
- COTTA, S. **La sfida tecnologica**. Societé Editrice Il Mulino, Bologna, 1968. [El desafío tecnológico. Eudeba, Buenos Aires, 1970].
- CHAIANOV, A. **Die Lehre von der Bäuerlichen Wirtschaft**. Parey, Berlín, 1923.
- CHATELET, F. **La naissance de l'histoire. La formation de la pensée historique en Grece**. Les Editions de Minuit, París, 1968. [El nacimiento de la historia. La formación del pensamiento historiador en Grecia. Siglo XXI, México, 1978].
- DILTHEY, W. **Teoría de la concepción del mundo**. F.C.E., México, 1945.
- DE MICHELIS, M. **Le avanguardie artistiche del Novecento**. Feltrinelli Editore, Milano, 1966. [Las vanguardias artísticas del siglo XX. Alianza, Madrid, 1979].
- DOBB, M. **Studies in the development of capitalism**. Routledge and Kegan Paul, London, 1969. [Estudios sobre el desarrollo del capitalismo Siglo XXI, México, 1975 (edición aumentada)].
- ECO, U. et al. **Documenti su il nuovo medioevo**. Bompiani, Milano, 1973. [La Nueva Edad Media. Alianza, Madrid, 1974].
- ERNLE, Lord. **Histoire rurale de l'Angleterre**. Gallimard, París, 1952.
- FERRATER MORA, J. **El hombre en la encrucijada**. Editorial Suramericana, Buenos Aires, 1965.

- FERRATER MORA, J. **Diccionario de Filosofía**. T. 1º artículo Crisis, pp. 666-668. Alianza, Madrid, 1979.
- FROMM, E. **The Sane Society**. Rinehart & Co. Inc., New York, 1955. [Psicoanálisis de la sociedad contemporánea. F.C.E. México, 1956].
- GARAUDY, R. **Le Projet Esperance**. Robert Laffont, París, 1976. [Una nueva civilización. El proyecto esperanza. Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1976].
- GORDON CHILDE, V. **Man Makes Himself**. The Rationalist Press Association, Ltd. London, 1936. [Los orígenes de la civilización. F.C.E., México, 1954].
- GUITTON, J. **Histoire et destinée**. Desclée De Brouwer, París, 1970. Historia y Destino. Rialp, Madrid, 1977.
- HARRIS, M. **Anthropological Theory. A history of theories of culture**. Thomas Y. Crowell Co. Inc. New York, 1968. [El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura. Siglo XXI, México, 1978].
- HEIDEGGER, M. Die Frage nach der Technik. **En Reden und Aufsätze**. Pfullingen, 1954.
- HOBSBAWM, E. Le origini delle rivoluzioni industriale britannica. **In Studi Storici**, Roma, Nos. 3-4, 1961. [En torno a los orígenes de la revolución industrial. Siglo XXI, Buenos Aires, 1971].
- HOROWITZ, D. **Anatomie unserer Zeit. Kapitalismus und Sozialismus im Schmelztiegel**. Europa Verlag, Wien, 1964. [Anatomía de nuestro tiempo. F.C.E. México, 1969].
- HUIZINGA, J. **El concepto de la historia**. F.C.E. México, 1946.
- KENP, W.B. El flujo de energía es una sociedad cazadora. **En La Energía** (Scientific American), pp. 117-145, Alianza, Madrid, 1971.
- KEYNES, J.M. **The General of Employment, Interest and Money**. Harcourt & Brace, New York, 1936. [Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero. F.C.E., México, 1943 (décima reimpression, 1980)].
- KOLAKOWSKI, L. **Tratado sobre la mortalidad de la razón**. Monte Avila, Caracas, 1969.
- LACROIX, J. **Historia y Misterio**. Editorial Fontanella, Barcelona, 1963.
- LANDIS, D.S. **The Prometheus Unbound. Technical Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present**. Cambridge University Press, London, 1969. (Existen traducciones al francés, Gallimard, 1975, y al español, Tecnos, 1979).
- MACPHERSON, C.B. **The Political Theory of Possessive Individualism**. The Clarendon Press, Oxford 1962. [La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke. Fontanella, Barcelona, 1970].
- MALTHUS, R. **An Essay on the Principle of Population, etc.** London, 1798. [Primer ensayo sobre la población. Alianza, Madrid, 1966].
- MANNHEIM, K. **Libertad y planificación social**. F.C.E. México, 1942.
- MANSHOLT, S. **La Crise**. Editions Stock, París, 1974. [La crisis de nuestra civilización. Editorial Euros, Barcelona, 1974].
- MANTOUX, P. **La révolution industrielle au XVIIIe siècle**. Génin, París, 1959. [La revolución industrial en el siglo XVIII. Ensayos sobre la gran industria moderna en Inglaterra. Aguilar, Madrid, 1962].
- MEDINA ECHAVARRIA, S. **Sociología: teoría y técnica**. F.C.E., México, 1941.
- MOLNAR, Th. **Utopía. The Perennial Heresy**. Sheed and Ward, Inc. New York, 1967. [El utopismo. La herejía perenne. Eudeba, Buenos Aires, 1970].
- MULLER-ARMACK, A. **Religion und Wirtschaft**. W. Kohlhammer Verlag, Stuttgart, 1959. [El Siglo Sin Dios. F.C.E., México, 1968].
- NEF, J. **The Conquest of the Material World**. University of Chicago. Chicago & London, 1964. [La conquista del mundo material. Estudios sobre el surgimiento del industrialismo. Paidós, Buenos Aires, 1969].
- NIEBUHR, R. **Faith and History. A Comparison of Christian and Modern Views of History**. Ch. Scribner's Sons, New York, 1949.
- NIVEAU, M. **Histoire des faits économiques contemporaines**. Presses Universitaires de France, París, 1966. [Historia de los he-

- chos económicos contemporáneos. Ariel, Barcelona, 1968].
- ORTEGA Y GASSET, J. **En torno a Galileo**. Revista de Occidente, Madrid, 1958.
- POUNDS, N.J.G. **An Economic History of Medieval Europe**. Longman Group Ltd. London, 1974. [Historia económica de la Europa medieval. Editorial Crítica, Barcelona, 1981].
- RAPPAPORT, R.A. El flujo de energía en una sociedad agrícola. **En La Energía** (Scientific American), pp. 146-173, Alianza, Madrid, 1971.
- RIBEIRO, D. **El proceso civilizatorio**. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1973.
- RIDRUEJO, D. Tiempo de reencarnar. **En ¿Está en peligro la cultura? Coloquio sobre los medios de información**, pp. 11-23. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1958.
- ROSTOW, W. **The Stages of Economic Growth. A non-Communist Manifesto**. Cambridge University Press, London, 1960. [Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista. F.C.E., México, 1961 (varias reimpresiones)].
- SIMONDON, G. **Du mode d'existence des objects techniques**. Aubier, París, 1958.
- SOROKIN, P. **The Crisis of Our Age**. E. P. Dutton, New York, 1941.
- URABAYEN, L. **La Tierra humanizada**. Espasa-Calpe, Madrid, 1949.
- VACCA, R. **El medioevo prossimo venturo. La degradazione dei grandi sistemi**. Mondadori, Milano, 1972. [El medioevo que está a nuestras puertas. Alfa Argentina, Buenos Aires, 1972].
- WEBER, A. **Historia de la cultura**. F.C.E., México, 1960.
- WHITE, L. Diffusionism vs. Evolutionism: an anti-evolutionist fallacy. **American Anthropologist** N° 47, pp. 339-356, Washington, 1945.
- WHITE, L. **The Evolution of Cultura**. McGraw-Hill, New York, 1959.
- WOLF, E.R. **Peasants**. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N.J., 1966. [Los campesinos. Labor, Barcelona, 1971].